LOS REGENERADOS

ó los

CONDES DE SAN MARCIAL

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

original de

Nicanor Martín Barragán.

Primera edición.

VALLADOLID:
Imprenta y Librería de Andrés Martín Sánchez,
Sucesor de los Sres. Hijos de Rodríguez.
Librero de la Universidad y del Instituto.

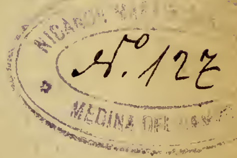
1897

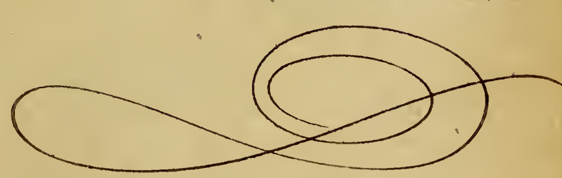


LOS REGENERADOS

Ó LOS

Condes de San Marcial.





Los pedidos de ejemplares de la presente obra, para representarla ó traducirla, etc., se dirigirán al autor, Nicanor Martín Barragán, en Medina del Campo, provincia de Valladolid.

LOS REGENERADOS

ó los

CONDES DE SAN MARCIAL

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

original de

Nicanor Martín Barragán.

Primera edición.

VALLADOLID:
Imprenta y Librería de Andrés Martín Sánchez,
Sucesor de los Sres. Hijos de Rodríguez.
Librero de la Universidad y del Instituto.

1897

PERSONAGES

Antonio.
Miguel.
Camarero.
Conde de San Marcial.
Condesa de San Marcial.
(Comandante de Artillería) Don Alfredo.
Leonor.
Nicasio.
Eduardo.
Juan.
Julio.
Luis.
Elena.
Ana.
Berta.
Notario y Escribiente.
Arturo.
Ayuda de Cámara.

Dos guardias de orden público.
Un caballero. Comisión primera. (La inteligencia).
Otro caballero. Comisión segunda. (El capital).
Tres obreros. Comisión tercera. (El trabajo).
Una señorita. Comisión cuarta. España con operarias de la Fábrica de tabacos y dos aldeanas.

ACTO PRIMERO

Representa el Teatro el reservado de un gran café. En el escenario se colocarán una ó dos mesas de mármol, y un belador, de no poder ser de mármol, los tableros estarán pintados de blanco, imitando lo mejor posible á las mesas de café.

En la puerta del fondo, por encima del montante de la misma se colocará un reloj de pared, propio de un reservado. Al ángulo izquierdo de la puerta del fondo, dejando suficiente espacio, se colocará un mostrador, paralelo á la pared del fondo, dejando el necesario sitio para la puerta que comunique con el mostrador del café y mostrador interno en el reservado. La puerta secreta de comunicación entre los dos mostradores del servicio del café y reservado, se hará lo posible porque no se distinga de la decoración de la pared del fondo. Por la puerta del servicio del mostrador del reservado, Berta será la única que se sirva de la misma.

Sobre el mostrador se colocarán vários platillos, cafeteras y uno ó dos dominós y cuanto se crea conveniente y necesario. Al levantarse el telón aparecerán en escena Miguel y Antonio sentados frente uno de otro, á la derecha del foro mesa por medio, y disponiéndose á jugar al dominó.

ESCENA PRIMERA

ANTONIO, MIGUEL y CAMARERO.

ANT. ¿Qué jugamos?
MIG. Lo que tu quieras.
ANT. Pues el Banco de crédito petrificado.
MIG. ¡En aleluyas!
ANT. ¿No te gusta el papel?
MIG. Estoy por el oro y la formalidad.
ANT. ¿Jugaremos un décimo de lotería?
MIG. Bueno, lo que gustes.

ANT. (Llama al camarero dando dos palmadas).

CAM. ¿Desean?

ANT. Un dominó, café y cigarros.

MIG. La costumbre.

CAM. Va enseguida. (se dirige al mostrador).

(Antonio y Miguel hablan en secreto).

(Berta en el mostrador). Señorita, un dominó, café y cigarros.

BER. Ahí tiene usted. (Entregando sobre el mostrador lo que pide el camarero).

ANT. Tengo noticias muy ciertas que á este reservado del «Buen Recreo» concurren los que se titulan Los Regenerados.

MIG. El café éste es público, y pueden concurrir todos los que á bien lo tengan, y máxime si bien se conducen.

ANT. No te contradigo, pero estas nuevas ideas siempre causan alguna intranquilidad, y yo soy algo desconfiado.

CAM. Aquí tienen ustedes lo que han pedido. (Dejando sobre la mesa el servicio).

MIG. ¡Bien! excelente muchacho.

ANT. ¡Este siempre tan activo!

CAM. Gracias, señoritos. (Sale por el foro).

MIG. Créeme, Antonio, no te alarmes, tengo referencias exactas que, los regenerados son muy buena gente, y la sensatez entre éllos es moneda corriente.

ANT. Más vale así, mejor para los mismos.

MIG. Mejor dirás para todos.

ANT. Sea como tu dices.

MIG. Así es, y el tiempo afirmará lo que te digo.

ANT. ¡Chico! que el dominó pide que le agites.

MIG. (Meneando el dominó con las dos manos). ¿A cuántas decenas?

ANT. A seis. (Cogen cada uno sus fichas).

MIG. Corriente.

ANT. Yo salgo de mano y con las doce pesadumbres. (Poniendo el seis doble).

MIG. No serán para mí, va el seis cinco.

ANT. Luego lo veremos; coloco el cinco cuatro.

MIG. Pongo el cuatro tres.

ANT. Y yo el tres seis; y quedan á seis.

MIG. No tengo, me voy á Sierra-Morena; ¡Dios protege la inocencia! Pongo el seis as.

ANT. Al saber le llaman suerte, y va una de gracia.

MIG. ¡Pobrecito nieto! (Colocando su ficha).

ANT. ¡Si yo no tengo abuela! (Colocando ficha).

MIG. Ni falta que te hace. (Poniendo ficha).

ANT. ¿Quién inventó el dominó?

MIG. Dicen que dos frailes.

ANT. ¿Legos?... (Colocando ficha).

MIG. Antes está la orden domi.....nó. (Por lo bajo).

ANT. ¿Has dicho Dominicos?

MIG. He dicho dominó. ¡Corto operario!

ANT. (Como sorprendido). He perdido, pasan de seis decenas, y lo que siento es tu ironía.

MIG. Pero te he enseñado historia.

ANT. Muchas gracias, pagaré, quedo complacido; ¿y qué más quieres? (Dando unas palmadas).

CAM. ¿Qué desean?

MIG. Es Don Antonio el que llama.

ANT. Cobre usted, y quédese con lo que sobra.

CAM. Gracias. (Recoge el servicio y sale por el foro).

MIG. Querido Antonio, nuestro deber nos reclama.

ANT. Aquí se pasa bien el tiempo, y créeme Miguel, dentro de unos momentos, quizá prestemos aquí un buen servicio al Gobierno.

MIG. Así lo entiendes tú, yo así no lo creo.

ANT. Han de venir á este reservado D. Nicasio y los suyos, y podemos llevar noticias de todo lo que oigamos á su excelencia, y cumplimos con el Ministro y con nuestro ministerio.

MIG. Ni con el Ministro cumplimos ni con nuestro ministerio; sabes perfectamente y recordarás, si yo mal no recuerdo, las órdenes que hace unos días nos dió el señor ministro.

ANT. Yo no recuerdo.

MIG. Fíjate, haber si lo que nos dijo fué esto, poco más ó menos, y si quieres leeré el oficio: (Puede obtar el actor por la lectura, ó decirlo).

Recomiendo á ustedes, muy mucho, señores Inspectores especiales, no omitan ningún sacrificio personal ó pecuniario, con tal de tenerme al corriente de todo cuanto tramen los terroristas; después de lo ocurrido en Lión, Barcelona y en el Balneario de Santa Agueda, es necesario de toda necesidad, no perder de vista á los que sin orden ni concierto cometen los más abominables de los crímenes; interesa á esta Nación y á todo pueblo culto, prevenir tales desmanes que, nos conducen á una represión enérgica para tranquilidad de todos, incluso la civilización sana, así lo exige y lo demanda.

Pero quiero, y así lo exijo de la buena inteligencia de ustedes que, toda secta política por exageradas que sean en sus ideas, siempre que éstas no ataquen á las personas y á la propiedad de una manera punible, se las respete en sus derechos que, por ser constitucionales merecen respeto de gobernantes y gobernados; y con relación á los regenerados, visto que no atentan á la propiedad y á las personas, ordeno á ustedes presten libertad y tolerancia para los hombres libres y sensatos; vigilancia y represión para los que no sabiendo lo que es libertad, abusan de la misma cometiendo atentados inícuos que quiero se eviten á todo trance.

Me darían ustedes un verdadero disgusto que entretuvieran la vigilancia en los regenerados, por ser éstos tan cultos en sus ideas que, aunque estas estén á alguna distancia se siegue en flor una Escuela filosófica que en su época ha de dar excelentes resultados de buen gobierno, y había de perder la cartera, por exigencias políticas y no quiero, no debo atentar contra lo que ha de ser

Regeneración Europea y quizá más adelante Universal».

¿Es esto lo que también oiste antes de darnos por escrito la orden el Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación?

ANT. Cierto, ciertísimo.

MIG. Parece que alguien biene, y si fuesen algunos de los regenerados, escucharíamos jugando al dominó, y si de política tratasen referiremos al señor Ministro lo que hablen, y verás como no ha de gustarle.

(Aparece en la puerta del fondo el jefe de los regenerados, D. Nicasio, y de una mesa de la izquierda coge un periódico y distraido se pone á leer).

ANT. (Con cierto misterio hablando bajo para no ser oido de Nicasio). Juguemos, oigamos, y cuando digas nos retiraremos á cumplir con nuestra misión.

(Se ponen á jugar al dominó).

ESCENA II

NICASIO, BERTA, CAMARERO, EDUARDO, MIGUEL, después ANTONIO y JUAN.

NIC. (Se dirige al mostrador del reservado, donde está Berta colocando distraida unos vasos en sus platos). Muy buenas noches, Berta.

BER. Muy buenas, Nicasio.

NIC. Usted siempre en su mostrador, en las hábiles horas de trabajo; es usted una mujer modelo de buena industrial.

BER. (Con amabilidad). Es necesario trabajar en la juventud, para descansar, si es posible, en la vejez, por lo demás, usted sí que es muy galante en sus elogios.

NIC. Siempre debe uno serlo con quien tanto se lo merece.

BER. ¡Gracias por tanta bondad!

NIC. La justicia, no es favor.

BER. Siempre usted con sus lisonjas.

NIC. ¿Aún no ha llegado Eduardo?

BER. No le he visto.

NIC. (Saludando se aleja). Hasta ahora Berta.

BER. Hasta luego, Nicasio.

NIC. (Acércase á una mesa próxima al mostrador, dá unas palmas).

CAM. ¿Llamaba usted? (Dirigiéndose á Nicasio).

NIC. Sí, traiga café.

EDU. (Entra y se dirige á Nicasio). ¿Qué tal Nicasio?

NIC. Bien, ¿y usted?

EDU. Perfectamente. ¿Ha esperado usted mucho? (Cogiendo una silla y sentándose).

NIC. Poco tiempo, acabo de llegar.

CAM. (Entra con el servicio).

NIC. Sirva usted también café á Eduardo.

EDU. Celebro no haberle hecho esperar mucho.

NIC. Gracias, tenemos bastante que hablar.

EDU. ¡Todo soy oidos! Espere, que no estamos solos. (Mirando á los de la mesa de enfrente).

NIC. Hablemos bajo. (Hablan en secreto).

MIG. Ahí tenemos á dos de los regenerados. Tendremos que salirnos; pues hablan bajo.

ANT. ¡No los conozco!

MIG. Ese es Nicasio; excelente persona.

ANT. ¿Quién de los dos?

MIG. El del sombrero de copa.

ANT. Parece que nos mira.

NICA. (Inicia el saludo con el sombrero inclinándose y seguidamente también saluda Antonio á los de la mesa de enfrente).

MIG. (Saluda con el sombrero, haciendo igual saludo su compañero Antonio).

MIG. (Habla bajo á su compañero y se levantan dirigiéndose á Nicasio).

MIG. Cuánto bueno por aquí. ¿Qué tal, amigo Nicasio?

NICA. No tan bien como á usted, pero bamos pasando. ¿Y usted, Miguel?

MIG. Regularmente.

ANT. (Repite el saludo con el sombrero, y todos de pié; Mi-

guel y los demás se corresponden saludando, á Antonio también con el sombrero inclinándose).

NICA. ¿Gustan ustedes de acompañarnos á tomar café?

MIG. Ya es después.

ANT. Gracias, tenemos que hacer.

MIG. Con permiso de ustedes nos retiramos.

(Se dan la mano, se dicen Adios, y salen Miguel y Antonio por la puerta del fondo; al salir se repite el saludo con el sombrero, siendo correspondidos por Nicasio y Eduardo).

EDU. Escucho á usted, sobre lo que tendrá que decirme.

NICA. Ayer mañana, estuvo en mi despacho el Jefe del Comité del barrio de las Maravillas, y dice que tiene mucho por qué quejarse.

EDU. ¿Qué motivos tiene?

NICA. Por lo que me dijo, es la persecución contra nuestros ideales.

EDU. ¿Quién ó quiénes son los que tal hacen?

NICA. Según lo que me refirió, es el teniente Alcalde de barrio el que extrema su celo político.

EDU. Luego la junta tendrá que tomar sus medidas para evitar todo abuso.

NIC. De eso tratamos; y cuando venga el agraviado, sabremos cuanto haya pasado.

EDU. ¿Y qué tal bamos de afiliados?

NIC. El censo de nuestro partido aumenta de dia en dia.

EDU. ¿Y es gente buena?

NIC. Según buenas referencias, hay de todo.

EDU. ¿También habrá algún exaltado?

NIC. Algunos nos han afiliado.

EDU. ¿Y qué hacer con tales hombres?

NIC. Convencerlos de sus errores, ó que abandonen nuestro campo.

EDU. Creo nos ha de costar gran trabajo.

NIC. No hay más medio.

EDU. Los hay eminentemente fanáticos.

NIC. Del hombre ciego se prescinde para los trabajos de vista; yo no transijo con fanáticos, sea de la secta que quiera, concluyen por renegados, y el

fanatismo es venda tupida que jamás deja ver claro.

EDU. ¿Tendremos contrariedades?

NIC. No importa, no hay atajo sin trabajo y, en purificar nuestro partido, ya tenemos mucho andado.

EDU. ¿En qué se funda?

NIC. Recuerda á los tres ó cuatro dias de los tristes sucesos de la calle de los Cámbios?

EDU. Sí recuerdo, ¿pero á qué se refiere?

NIC. Al aumento de afiliados.

EDU. ¡Ah! Ya recuerdo, cuando tantos se presentaron para que se les afiliase á los regenerados.

NIC. Precísamente, presenció mil casos; ¿no protestó todo el mundo ante aquellos locos actos?

EDU. Ciertamente; ¡qué de protestas tan sentidas! y el terror de los mismos terroristas en sus semblantes estaba marcado.

NIC. Próximamente quinientos terroristas en Madrid abandonaron el campo del atropello, de la locura y del error más graso, y en nuestra comunión política hoy son muy otros, y con digna lealtad continúan afiliados.

EDU. Y hoy, bien se nota, que son los más sensatos; por algo comprenden que están, entre los regenerados, libres de toda molestia y al amparo de todo buen derecho que, por nadie ha de serles atropellado.

NIC. Lo mismo que ha ocurrido en Madrid; en el extranjero se han dado los mismos casos.

EDU. Cierto, la correspondencia extranjera que recibió vuestro secretario, acusaba lo mismo que acabais de haber manifestado, y cada suceso tan innoble como inhumano, siempre viene á continuación anunciando la merma del número de los exaltados, y no hay que dudarlo, si siguen tan inícuos procedimientos no habrá país que quiera cobijarlos.

NIC. Vá tardando mucho Juan.

EDU. Para mí ya no es extraño.

NIC. ¿Cuál es la causa?

EDU. El teniente Alcalde de barrio y la policía burda vigila lo que no debiera ser vigilado.

NIC. A esa policía torpe y ruda, hay que ponerla coto en sus inconscientes atropellos. Ahora lo que hace falta, que haya unión entre todos los afiliados, teniendo presente lo que dijo la excelsa sabiduría: *El Reino dividido perecerá.* Es necesarío, que en pró de la unión y de evitar todo abuso, hemos de poner nuestro cuidado.

EDU. Preciso es corregir todo atropello, y con respecto á la unión, su autoridad se hará respetar entre todos los afiliados.

NIC. En una cosa y otra confío.

JUA. (Entra por el fondo dando la mano). Señores, salud.

NIC. Salud para todos.

EDU. Igualmente, amigo Juan.

NIC. ¿Qué gusta tomar?

JUA. Gracias, he tomado ya café hace un momento en el Oriental.

EDU. ¿Traes noticias?

JUA. Algunas traigo. (Dicho como disgustado).

NIC. ¿Qué ocurre en maravillas?

JUA. Ya me tienen mareado, á mí y á los afiliados.

NIC. Supongo será el teniente Alcalde de barrio.

JUA. El buen señor la toma por donde quema, y allí donde vé un regenerado, cree perseguir una plaga de langosta.

EDU. ¿Cuáles son los procedimientos que emplea?

JUA. Todos cuantos están á su alcance.

NIC. ¿A usted le molestó esta mañana?

JUA. Mejor se puede decir que me está molestando á todas horas.

NIC. Tenemos en cartera ya várias quejas, no sólo de aquí, pues también abundan en provincias; pero dejemos este asunto y vamos á tratar sobre la marcha de nuestros Delegados á París.

EDU. ¿Creo fueron bien recibidos por el Sr. Ministro de Estado?

NIC. De atenciones fueron colmados; únicamente al ser interrogados sobre las negociaciones europeas, en sentido de la instrucción científica gratuita, se mostró nuestro Ministro poco explícito.

JUA. Es condición indispensable en todo buen diplomático, guardar completa reserva en los asuntos exteriores, la prudencia y sensatez exige ser reservado, y no hacer públicas las gestiones de un negocio que aún no está ventilado.

EDU. Algo diría á excepción de lo que debe ser un secreto.

NICA. Nuestros compañeros le dijeron Excelentísimo Sr. Ministro de Estado: Nosotros, hacia París, esta noche viajaremos, para reunirnos en dicha capital, todos los representantes de Europa de los regenerados, y antes de partir venimos á saludar y despedirnos de V. E., á la vez, si tiene el honor de decirnos S. S. si hay buena nueva sobre la educación gratuita, con respecto á la concesión de los otros Estados.

JUA. ¿Y qué contestó?

NIC. Dijo: Que el asunto de instrucción gratuita le estaba ventilando con sus colegas de los demás Estados de Europa, y entre tanto que las negociaciones se resuelvan, la diplomacia le exigía ser por completo reservado.

EDU. Según me dijeron al ir á la estación á despedirles, llevan promesa del Ministro que si el asunto se resuelve en lo que están en París, sería muy fácil recibiesen noticias en la capital de Francia, pues, aunque no podía decirles en el sentido que serían resueltas las negociaciones, sin embargo, sabía que era cuestión ya muy adelantada en sus principales trabajos.

NIC. En la reunión de París se ha de saber definitivamente la resolución de Europa, en pró ó en contra de la instrucción gratuita.

ESCENA III

JUAN, LEONOR, entrando; NICASIO, EDUARDO, después CAMARERO y al final BERTA.

LEO. (Aparece en la puerta del fondo). ¿Se puede?

JUAN. Adelante el tesoro del Rey Minos.

LEO. Muchas gracias, y muy buenas noches.

NICA. Muy buenas, y bien venida sea usted Leonor. (La saludan todos con respeto, y Nicasio la ofrece una silla á su derecha).

LEO. Agradezco vuestra atención.

NICA. ¿Trae usted los pliegos reservados?

LEO. Sí, tengo á su disposición los acuerdos.

NICA. Haga usted el favor.

LEO. (De una cartera saca un sobre y se le entrega á Nicasio diciendo). Ahí tiene usted.

NICA. Con vuestro permiso, veré si algo ocurre. (Rompe el sobre y lee). ¡Es orden reservada!

JUAN. ¿Qué tal Leonor, su esposo se mejora?

LEO. Adelanta muy poco. (Con sentimiento).

EDU. ¡Pícaro reuma!

LEO. Mejor puede decirse ¡pícaro Alcalde de barrio!

EDU. Es decir que sigue tan molesto?

NICA. Ya le pondremos en cuidado.

LEO. Bien se necesita. ¡Siempre nos está mareando!

NICA. De eso voy á tratar. (Dando unas palmadas).

CAM. ¿Llamaban ustedes?

NICA. Sí, oiga usted, ¿está ahí Berta?

CAM. En el mostrador está contando unos cuartos, ¿la llamo?

NICA. Si está de cuentas nó, salga y mire en el café si está el Inspector D. Miguel.

CAM. Ahí está, acompañado del primer oficial de Gobernación.

NICA. Perfectamente, Camarero, por ahora nada más. Leonor, ¿gusta usted tomar café?

LEO. Nó, gracias, ahora no tomo nada.

CAM. ¿Digo á la señorita Berta que está usted aquí?

LEO. Sí, ahora cuando usted salga. (Sale camarero por el fondo).

NICA. Soy con ustedes; hasta ahora. (Sale).

LEO. Vaya usted con Dios, Nicasio. (Juan y Eduardo dicen hasta luego).

EDU. Me parece que las noticias escritas, traidas por Leonor, han puesto en juego á Nicasio.

JUAN. Es urgente tomar alguna determinación contra el autor de los registros domiciliarios.

EDU. Sospecho que Nicasio de eso trata.

LEO. Falta está haciendo.

BER. ¡Quién! mi presencia á vuestro lado? (Entrando por la puerta secreta del mostrador).

LEO. Su presencia aquí y en todas partes es siempre necesaria cuando de algo bueno se trata.

BER. Gracias y saludo á ustedes. (Se besan Leonor y Berta).

EDU. Se la corresponde con todo respeto.

JUAN. (La ofrece una silla). Siéntese usted, Berta.

(Todos de pié. Cuando se sientan Berta y Leonor también se sientan ellos).

ESCENA IV

BERTA, LEONOR, EDUARDO, JUAN y después CAMARERO.

BER. Os invito, si gustais, á tomar café.

EDU. Hemos tomado nuestra costumbre.

JUAN. Sí, ya hemos hecho nuestro gasto.

BER. Pues un extraordinario.

LEO. Gracias, amiga Berta.

BER. Leonor, sí querrá algo.

LEO. Cuando salgamos, si habeis de entenderlo á desaire.

BER. Aceptado, cuando salgamos.

LEO. Si antes no urge el retirarnos.

BER. Pronto se ha retirado Nicasio.

EDU. Está, sin duda, en asuntos del partido.

LEO. He traido vários pliegos...

JUAN. Estamos algo alarmados.

BER. ¿Qué hay?

JUAN. Lo de siempre, la mala sombra del barrio.

LEO. El arbitrario Alcalde de las Maravillas.

BER. ¿Continúa en sus registros domiciliarios?

EDU. Siempre abusando.

BER. Quizá Nicasio haya ido...

JUAN. Nada ha dicho.

LEO. Ha preguntado por el Inspector D. Miguel.

BER. ¿Y seguídamente se ha retirado?

JUAN. Sí, el camarero le dijo que estaba ahí en el café. (Señala con indicación de vista).

BER. Veremos si ahí están. (Dando unas palmadas).

CAM. ¿Han llamado? (Saluda á Berta inclinándose con respeto).

BER. Sí, he llamado; pregunte á su compañero Manuel si están ahí Don Nicasio y el Inspector Don Miguel, ó si sabe si hace mucho que se ausentaron.

CAM. Soy con ustedes, me informaré. (Sale el camarero de prisa por el foro).

BER. Corriente, no tarde.

LEO. Estoy sospechando, que Nicasio ha salido con el fin de ver al Ministro.

BER. Entiendo no sospecha mal.

EDU. La sospecha es verosímil.

JUAN. La creo igualmente acertada.

BER. La impresión de Leonor es buen presagio.

EDU. La mujer en su primera impresión, casi siempre su pronóstico es acertado.

BER. Y si la mujer es instruida generalmente son buenos sus presagios.

CAM. ¿Hay permiso?

BER. Adelante.

CAM. Según me ha dicho mi compañero Manuel, Don Nicasio ha salido hace un instante.

BER. ¿Con quién ha estado?

CAM. Con D. Miguel y el oficial primero de Gobernación.

BER. ¿Le ha dicho si ha salido solo?

CAM. En unión con dichos señores.

BER. Está bien, puede retirarse.

CAM. (Soluda inclinándose y sale por la puerta del fondo).

JUAN. No hay que dudar, ha debido ir á ver al Ministro.

EDU. Es extraño vaya solo.

LEO. Quizá haya ido á saber á qué hora puede visitarle.

BER. Es muy probable.

CAM. Señorita Berta.

BER. ¿Qué dice?

CAM. Un dependiente de los talleres de tapicería de D. Nicasio, trae una carta para usted.

BER. Recíbala inmediatamente, y al portador dígale que espere. (Sale el Camarero).

JUAN. ¿Nos traerá algún aviso?

BER. Pronto lo sabremos.

EDU. A ver qué dice el mensage.

CAM. Aquí tiene usted, señorita Berta. (Mostrándola entrega la carta).

BER. (Recibe la carta, rompe el sobre y lee). Con el permiso de ustedes.

LEO. Usted le tiene.

(Eduardo y Juan asienten con un signo de cabeza afirmativo).

BER. Esta es para Eduardo. (Le entrega á Eduardo una tarjeta).

EDU. ¿A ver que dice? (Lee en alta voz). "Salí sin deciros á donde iba, dentro de media hora le aguardo á usted y á Juan en el café Oriental, nombrados de comisión regenerados, tenemos que ver al Ministro de la Gobernación, para hacernos oir en nuestras justas quejas. Siempre vuestro, Nicasio„.

JUAN. Eso es decir, que dentro de media hora en marcha.

LEO. A ver si ustedes evitan que nos dejen tranquilos.

BER. Las buenas causas, más tarde ó más temprano, han de hacerse lugar. (Dirigiéndose al camarero). Diga al que espera que no hay contestación, que puede retirarse. (El camarero sale por el foro á dar el recado).

JUAN. Hemos de conseguir que, el Sr. Ministro, nos atienda en nuestras justas pretensiones, pues aunque no es de nuestro partido, estima nuestras ideas. ¡Qué reservada es usted para con nosotros, Berta!

BER. El beneficio que hagas con una mano, que no le vea la otra.

JUAN. Dispense usted mi curiosidad.

BER. No hay de qué.

LEO. Nuestro reglamento dice: Los asuntos confiados á los afiliados, éstos lo llevarán á cabo con la mayor reserva.

EDU. Es cierto; ¿qué debe haber reserva en la comunicación de Nicasio? diga usted Berta.

BER. Del asunto que me habla en la carta Nicasio. merece que haya reserva para ustedes, no para esta. (Dirigiéndose á Leonor).

LEO. Gracias infinitas, queridísima Berta.

EDU. ¿No has comprendido, querido Juan, de lo que se trasparenta, de una expresión pronunciada por Berta?

JUAN. Si no te explicas, no comprendo á qué te refieres.

LEO. Eduardo lo descubre.

BER. ¡De descubrirlo tiene pena!

JUAN. Pues por mí que lo descubra y gustoso participaré de la condena.

BER. Condena tendrían, si Eduardo tal hiciera. (Sonriéndose).

JUAN. Voto porque se descorra el velo.

LEO. Que lo descorran y paguen la multa.

EDU. De darme el permiso Berta, quito el velo.

JUAN. Yo ruego que así sea.

BER. Bueno, por mí que lo aclare.

EDU. La carta, recibida por Berta, habla de filantropía.

JUAN. ¿En qué te fundas?

(Leonor y Berta se hablan al oido, sonriéndose dicen).

BER. ¡Juan, que usted se abrasa!

LEO. ¡Eduardo, que usted se quema!

JUAN. Pues señor, no comprendo el misterio de la carta.

EDU. No has oido decir á Berta ¿Lo que hagas con la mano izquierda que no lo note la derecha?

JUAN. Efectivamente, ya comprendo, se trata de un acto piadoso.

BER. Cierto; de caridad es la pena.

LEO. Y para el pago, no alegarán insolvencia.

EDU. ¿Se trata de algún necesitado?

BER. ¡Es para una pobre enferma sin recursos!

EDU. Para las obras benéficas, siempre tengo mi peseta.

JUAN. Y yo también contribuyo.

LEO. Gustosa tomo parte en tan caritativa fiesta.

BER. Comienzo la recaudación, hay que disponer la remesa.

EDU. Ahí tiene usted mi duro. (Entregándosele á Berta).

JUAN. Berta, tenga usted otro mío.

LEO. Y el mio también se le entrego á Berta.

BER. Ahora les doy mil gracias en nombre de la pobre enferma.

LEO. ¡Gran satisfacción es el hacer bien!

EDU. ¡Cuando hay buenos sentimientos y bien se hace, el corazón late con más viveza!

BER. (Dando unas palmadas).

CAM. Desean..... (Entrando hasta aproximarse á Berta).

BER. (Dirigiéndose al camarero). Tome nota.

CAM. (Saca papel y lapicero). ¿Me dicta usted señorita Berta?

BER. Escriba usted: Dos kilógramos de tocino, un kilo de jamón, dos litros de garbanzos y cuatro libras de chocolate. (Firma Berta el papel que pide al camarero, alargando el brazo se le devuelve). Entre usted en la cocina, y al cocinero entregue lo que dice esta nota y en un canastillo lo trae usted aquí.

EDU. Bravo, ¡muy bien!

JUAN. Bella y buena es la caridad.

LEO. Ya se ha dicho: "Que si los ricos quisieran no habría pobres.„

BER. Y de haberlos no serían tan numerosos.

JUAN. Es cierto, y con personas tan caritativas como usted, Berta, habría muchos pobres remediados.

BER. Mejor dirán con personas filantrópicas como ustedes.

CAM. Aquí está el encargo, señorita Berta.

BER. (Mirando el canastillo que el camarero deja sobre la mesa). Perfectamente, está muy bien hecho mi encargo, vaya usted á la calle de Bravo Murillo, número 54, bohardilla izquierda, y entregue lo que lleva en el canastillo y estos doce duros para la enferma que habita en dicho cuarto.

CAM. ¿Y si preguntan de parte de quién?

BER. Dice usted que es una limosna de várias personas caritativas; ocultando nuestros nombres.

CAM. Comprendido, señorita Berta. (Se inclina y sale á cumplir el encargo).

LEO. Eso es; para hacer una modesta limosna no es menester pregonarla.

EDU. Está muy bien esa reserva. (Sacando el reloj y mirando la hora). ¡Chico! ¡Chico! Nicasio estará esperando, ya es hora, vamos vamos.

JUAN. Estoy á tus órdenes.

EDU. Berta, páselo usted bien y usted también, Leonor. (Estrechándolas la mano).

BER. Adios, Eduardo.

LEO. Páselo usted bien.

JUAN. Muy buenas noches Berta; Leonor hasta otra vista. (Dándolas la mano).

BER. Juan, hasta otro rato.

LEO. Consérvese usted bien, amigo Juan. (Saludan con el sombrero y salen por el foro).

BER. Me consta, por habérselo oido al primer oficial de Gobernación, que el Ministro de este departamento, tiene recomendado se considere por los Inspectores, y sus subalternos á todos los Regenerados, así es que, de las gestiones que van á practicar Juan, Eduardo, en unión de Nicasio acerca del primer Jefe de Gobernación, han de producir resultados positivos en pró de todos los asociados.

LEO. Estoy contigo complétamente de acuerdo.

ESCENA V.

BERTA, LEONOR y luego ALFREDO

BER. ¡Me admira la filantropía que existe en los afiliados!

LEO. No es todo oro lo que reluce amiga mía.

BER. Son raros casos, y si te fijas, únicamente alguno que otro en la caridad es algo rezagado.

LEO. Es verdad, no hay regla sin excepción.

BER. Y la excepción en nuestro partido es alguno que otro exaltado.

LEO. Y éstos ya se van haciendo más filántropos.

BER. Con la instrucción no lo dudes, todo se irá conquistando.

LEO. Estoy de acuerdo contigo.

BER. ¿Cómo no has de estarlo?

LEO. Verdaderamente, la enseñanza es el norte y emancipación de los Regenerados.

BER. El hombre y la mujer sin la instrucción son como sin timón el barco.

LEO. Es muy cierto.

BER. Pues ahí tiende toda nuestra propaganda á dar guía intelectual.

LEO. Pero nosotros no podemos dar carrera, todo lo más, como ahora sucede, á uno por distrito.

BER. Esto por ahora basta.

LEO. Es muy poco, solo en Madrid.

BER. Mas estensivo será mañana.

LEO. Deviera ser en toda España, dar carrera á los hijos inteligentes de las clases necesitadas.

BER. De eso se trata de escogitar las más distinguidas inteligencias, en lo posible remediar lo que hoy tan abandonado se halla.

LEO. ¡Qué dicha, de realizarse!

BER. Otras cosas más difíciles se han llevado á la práctica, y hoy es un baldón que sonroja, no escoger las más distinguidas inteligencias, ¡dejándolas incultas y abandonadas!

LEO. Es muy exacto, mejora el agricultor sus semillas, el ganadero trata siempre de mejorar la raza, y en cambio las inteligencias de las clases desheredadas, ni se las abona ni cultiva y están en la instrucción científica completamente abandonadas.

BER. ¡Extraño parece que en el siglo del progreso del vapor, de la electricidad de los rayos X, la instrucción sea la más olvidada!

LEO. Sin embargo, ya se van haciendo trabajos en pró de la enseñanza.

BER. Es cierto, en Europa y en América, las gestiones van en alza.

LEO. ¿Estás segura de que en ese sentido favorable se resolverá en beneficio de la instrucción las gestiones practicadas?

BER. Segurísima, que en Europa esa cuestión está muy adelantada.

LEO. ¡Qué felicidad! ¡Qué dicha! Si tan noble fin de completo éxito se coronase.

ALFR. (Aparece en la puerta del fondo oculto casi el rostro con el cuello del gaban). ¿A qué Rey ó Reina tratan ustedes de coronar? (Con misterio).

BER. (Leonor y Berta como sorprendidas miran hacia la puerta del fondo, reponiéndose de la sorpresa y con virilidad dicen): ¡¡Al talento abandonado!!

LEO. ¡¡A la inteligencia augusta por altos y bajos mal rebuscada!!

ALFR. ¡Para tan noble instauración, con valentía empuñaría yo una espada! (Desde la puerta lo dice, se baja el cuello del gaban y entra en escena).

BER. ¡Bravo, muy bien, qué grata sorpresa! Es el Comandante D. Alfredo.

LEO. Nuestro digno compañero, Jefe retirado de artillería.

ALF. El mismo que viste y calza, saludo á ustedes con todo respeto. (Dando la mano á Berta y Leonor).

BER. Se le corresponde, gracias.

LEO. Saludo á usted con entusiasmo.

BER. Si no estuviera usted retirado aceptaríamos la oferta de su honrosa espada.

ALF. Para el progreso yo siempre estoy en activo.

LEO. Bravo, respetable militar, el honor y valentía es la enseña y galardón de los cuales lleva consigo su espada.

BER. (Inclinándose se saludan).
¡Ahora si que estamos bien acompañadas! con el digno Comandante D. Alfredo.

ALF. Yo me honro en ser de ustedes buena compañía.

LEO. La suya nos honra y nos es muy grata.

ALF. Gracias, dignas compañeras.

LEO. Siéntese usted D. Alfredo.
(Se sientan, cada cual coge su silla, sentándose Berta en el medio, á su derecha Leonor y á su izquierda don Alfredo).

ESCENA VI.

ALFREDO, LEONOR y BERTA.

ALF. Al pronto sorprendí á ustedes y se impresionaron.

BER. Sí nos sorprendió usted, pero nó, nos impresionó su presencia, aunque le desconocimos.

ALF. De todos modos, seguidamente me contestaron ustedes con prontitud y hasta con entusiasmo.

LEO. Nuestra conversación era noble.

BER. Y hasta inclusivemente santa.

ALF. De instrucción me pareció que ustedes trataban.

BER. ¡Ciertísimo!

LEO. Es verdad, de enseñanza se hablaba.

ALF. Pues yo soy ferviente devoto de nuestra madre enseñanza.

BER. Es de las devociones que á mí más me entusiasman.

LEO. Enseñar al que no sabe, la santa misericordia manda.

ALF. Sin embargo, tan fructífera prescripción está en el dia muy abandonada.

BER. En general, es muy cierto que se tiene olvidada.

LEO. No por el Sr. Comandante.

ALF. (Con sinceridad). Hijas, así nuestro reglamento lo manda.

BER. Según mis noticias, vuestro protegido Julio dicen que en sus estudios adelanta.

LEO. Tanto es así, que entre los doce protegidos por los regenerados, es el que más se distingue por su talento; cuando fueron examinados fué el primero de los sobresalientes.

ALF. Tiene gran predisposición para el estudio, y no es extraño que adelante, pues será con el tiempo á mi juicio, un hombre de provecho.

BER. Su pobre familia ¿vivirá muy agradecida y satisfecha por las buenas notas que obtiene?

ALF. ¡Julio no tiene familia!

LEO. ¿Es sólo en el mundo?

ALF. Solo en el mundo está; gracias á los regenerados que le protegemos.

BER. ¡Hijo quizá de la desgracia!

LEO. Mucho mejor para protegerle.

ALF. Precísamente procede su orfandad de una horrorosa catástrofe.

BER. ¿Fué tan grande que horror inspira en vez de lástima?

ALF. ¡Fué terrible! Julio procede de donde se le trajo, por unos caritativos periodistas, de la horrible inundación de Consuegra, donde el infelíz sufrió grandes contratiempos, sin embargo, su procedencia no está bien clara, se dice que su padre vive en la Argelia; hay su historia.

LEO. Por conocerla siento gran deseo.

BER. Refiéranos, D. Alfredo.

ALF. (Un momento de silencio, miran á la puerta del fondo). ¡Silencio!... Creo que alguien se acerca.

LEO. Sí, alguien viene.

BER. Cierto, hacia aquí se aproxima.

ESCENA VII.

LUIS, entrando; ALFREDO, LEONOR y BERTA.

LUIS. ¿Hay sesión? (Desde la puerta del fondo). ¿Se puede?

ALF. Adelante, adelante, calavera.

LUIS. Gracias por el piropo. Saludo á ustedes.

ALF. No hay de qué; se le corresponde.

LUIS. (Se inclina saludando y le corresponden).

ALF. ¿Qué dice la buena alhaja? (Con reticencia).

LUIS. Poco de particular; ¿parece que me miras mucho? (dirigiéndose á Leonor).

LEO. ¡Hay que hermano! (Berta y D. Alfredo hablan en secreto).

LUIS. Suspiros de tu pecho, fin de malos resultados.

LEO. ¡No he de suspirar bombre, si te veo desastrado,

LUIS. ¿Quieres que me presente elegante como un Senador vitalicio?

LEO. ¡Qué sombrero! ¡Qué americana! El aseo en tí Luis, está á gran distancia, y si solo fuera el traje.....

LUIS. Una mujer filosófica como tú no se fija jamás en la fachada, va siempre más al fondo.

LEO. Berta, D. Alfredo, tomen ustedes parte en esta batalla, están ustedes distraidos.

ALF. Hablando en lo que ustedes hablaban.

BER. Con Luis no sirve ya regañarle, ni llevarle la contraria, y menos mal que desde que vino de Barcelona parece que es algo mejor.

LUIS. Berta, por el último de su párrafo doy á usted las gracias. (Se inclina Berta).

LEO. Don Alfredo, hable Vd. al alma á este hombre.

ALF. ¡Hay Leonor! para hablar al alma á un hombre no hay mejor que un padre de almas. (Con ironía).

LUIS. Un buen amigo como usted, para mí tiene mucha autoridad.

ALF. Gracias, Luis, si no te fuera molesto te hablaría dos palabras.

BER. Y nosotras nos honraríamos escuchándolas.

LUIS. Y yo, con la vénia de todos tendré mucho honor en oirlas, y con respeto rebatirlas siendo contrarias.

BER. Por mi parte, concedida.

LEO. No seas indiscreto Luis, mira con quien hablas, no digas inconveniencias.

LUIS No temas, que sé distingnir hermana y mucho más cuando con un caballero se habla.

(Da las gracias inclinándose, Alfredo).

ALF. Dos palabras: entiendo amigo Luis, que tus ideas son bastante exageradas, y debes á todo trance de rehuir de malas compañías, pues me consta que en Barcelona estuviste muy en poco en ser víctima de graves errores, y menos mal á que un suceso inesperado hirió á dos personas de tu familia, y un estudiante amigo tuyo, en unión de otros camaradas, dísteis vários pasos hacia atras con oportunidad, bien sana.

Así, amigo Luis, te ruego no entres jamás en ideas excesivamente fanáticas, que no dejan ver claro y á la perdición arrastran.

LUIS. Es muy cierto, D. Alfredo, sobre lo de Barcelona, pues, estuvimos en muy poco el estudiante para ingeniero mecánico y yo, en ser víctimas de haber ingresado en los Terroristas, pero al sufrir personas de nuestra familia, en inhumano cuan feroz atentado, mi amigo y yo, en unión de otros muchos de la proximidad á los Terroristas, nos distanciamos, protestando como protestó todo el mundo, de tales procedimientos.

Ahora en Madrid, D. Alfredo, solo me dedico á mi trabajo, á mis estudios, y los domingos, Julio su protegido, otros amigos y yo al Escorial nos marchamos, por vía de distracción y recreo; y aquí tiene usted mis malas compañías y mis malos pasos. Agradezco á usted infinito sus buenos consejos y creo que ahora no me juzgará usted por malo.

ALFR. Siendo así, te considero muy otro, completamente cambiado.

LUIS. Así es, y ya sabe usted D. Alfredo que jamás yo le he engañado.

BER. Ciertos desengaños enseñan mucho, y yo celebro que Luis se haya enmendado.

ESCENA VIII

LEONOR, BERTA, ALFREDO, LUIS, y al final CAMARERO.

LEO. Bien puedes tomar en sério y estimar los sanos consejos de D. Alfredo.

LUIS. Siempre los tengo en gran estima.

ALFR. Yo agradezco mucho se acepten mis buenos consejos. ¿Hace mucho que se marchó Nicasio?

LEO. Hace ya un buen rato.

ALF. Esperaré haber si biene.

BER. Es muy probable no tarde mucho.

LUIS. Si ustedes no mandan más, me retiro.

ALF. Luisito, quede mandado.

LUIS. (Dando la mano á Don Alfredo) Páselo usted bien, respetable D. Alfredo.

ALF. Adios Luis, hasta otro rato.

LUIS. A los piés de usted, Berta, adios, Leonor.

BER. Luis, beso á usted la mano.

LEO. Hasta luego. ¡Luis, mucho cuidado!

LUIS. No tengas aprensión, que yo sé por donde ando. (Saluda con el sombrero y sale por el foro).

ALF. Encuentro muy otro á Luis.

LEO. Sí, también le noto cambiado.

CAM. (Aparece en la puerta del fondo). ¿Hay permiso?

BER. Adelante. (Entra, se quita la gorra y saluda inclinándose).

CAM. He cumplido con la orden.

BER. Perfectamente.

ALFR. ¿Sabe usted si está en el café Nicasio?

CAM. Como no haya llegado en este momento, cuando he pasado no le he visto.

BER. Cuando venga, de seguro, entrará aquí Nicasio. (Berta dirigiéndose al camarero) ¿Supongo no habrá dicho de quién es la limosna?

CAM. He cumplido fielmente su mandado, únicamente...

BER. ¿Luego le han conocido?

CAM. Precisamente.....

ALFR. ¿Alguna limosna de incógnito?

BER. Así le dimos la orden.

CAM. Tal y como usted mandó he cumplido. (Dicho con respeto).

BER. ¿Qué ha ocurrido?

ALFR. ¿Es decir, que le han conocido?

CAM. Diré á ustedes, entregué la limosna á la hermana de la Caridad que asiste á la enferma, y cuando me disponía á salir, llamaron á la puerta de la bohardilla, salió á ver quién llamaba la piadosa Sor Benigna, y tan luego entraron vi era un conocido, el cual también llevaba otro socorro.

BER. ¿Quién era?

CAM. El ayuda de Cámara de los Sres. Condes de San Marcial.

BER. De nuestros buenos amigos; de modo que saben de quién es la limosna.

CAM. El ayuda de Cámara me conoció y nos saludamos; no sé si después de salir la hermana de la caridad habrá preguntado.

BER. Puede usted retirarse. (Sale por el fondo saludando inclinándose).

ALFR. Han coincidido Vdes. en su limosna con los Condes.

BER. Sí, la casualidad lo ha hecho.

ALFR. ¿La limosna era de usted, Berta?

BER. De Leonor, Nicasio, Eduardo y Juan, una limosna en sociedad.

ALFR. Vamos, caridad en concomitancia.

LEO. Es verdad, en unión se ha hecho.

ALFR. Siento no haber estado aquí á tiempo, de la caridad soy fiel devoto.

BER. Ya se presentará ocasión, aunque usted, frecuentemente, bien la ejerce.

ALFR. No tanto como ustedes. ¿Quién es la enferma?

BER. Es la viuda de un pobre albañíl, que murió á los pocos momentos de caer del andamio, donde se encontraba trabajando.

LEO. Y la pobre viuda enfermó gravemente de sentimiento á causa de la muerte de su desgraciado esposo.

ALFR. ¡Gran corazón de esposa! ¡Buenos sentimientos de amante compañera!

BER. ¡Cuánta desgracia desatendida! (Con sentimiento). ¡Qué desamparadas están en la sociedad actual las víctimas del trabajo!

ALFR. Es un asunto también social que los regenerados, en pró de las víctimas del trabajo, han de abordar enseguida.

BER. Se debe atender muy pronto.

ALFR. De eso se trata.

BER. ¿Y lo conseguiremos en breve?

ALFR. Todo asunto de justicia el tiempo y el progreso lo allana.

LEO. ¿Lo tratará el partido pronto?

ALFR. Muy en breve, y á las Córtes irá nuestra pretensión santa.

BER. ¡Bravo, bien, D. Alfredo!

LEO. Adelante con la gran empresa.

ALFR. Poco á poco la Ley del Progreso lo exige, y se cumplirá á la corta ó la larga.

ESCENA IX.

BERTA, LEONOR, ALFREDO y después NICASIO, y al final CAMARERO.

BER. Adelante, siempre adelante. (Entusiasmada).

LEO. ¡Viva la nobleza de los buenos sentimientos!

ALFR. Vivan ustedes y viva también la regeneración humana.

BER. Y la bella condición del bien y la instrucción regeneradora

ALFR. Sellemos nuestro entusiasmo con un saludo, prometiendo trabajar dia y noche por el bien general. Prometido. (Dando la mano á Berta y después á Leonor).

BER. ¡Solemnemente!

LEO. (Dando su mano). Ahí está mi mano en señal de completa conformidad.

ALFR. Que así sea, amigas mias.

BER. Yo en nuestros nobles trabajos confío mucho.

ALFR. Las mujeres empleadas en buenas obras, son la gran palanca de Alquímides, y cuando son buenas pensadoras saben ensanchar el mundo.

LEO. Cierto, oportuno, Isabel primera de Castilla supo contribuir al descubrimiento del nuevo mundo.

BER. Y siendo ilustre la mujer, también sabe ganar batallas.

ALFR. Es muy cierto lo dicho por Berta; me recuerda una ilustre mujer, Doña Concepción Arenal, en su distinguido libro titulado: "La mujer de su casa„ señala como prodigio á la célebre mujer Anna Carroll. ¿No conocen ustedes dicha obra?

BER. Yo sí la conozco.

LEO. No tengo el honor de haberla leido.

ALFR. Pues yo me permito recomendarla á usted y á todas las mujeres por ilustradas que sean.

LEO. Gracias y atendiendo sus buenas indicaciones, esa obra que usted dice, he de tratar de comprarla.

ALFR. Pues comprará usted la mejor alhaja que puede adquirir la mujer, y no leerá usted dos páginas sin sentirse entusiasmada.

BER. Dice bien D. Alfredo, las obras de Doña Concepción han sido traducidas en la mayor parte de Europa, tanto es así, que "La Instrucción del Pueblo„ "La Beneficencia„ "La Caridad„ y "La Filantropía„ las tiene premiadas por la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

ALFR. ¿Y el "Derecho de gentes„?

BER. Otro prodigio de sabiduría,

LEO. ¿No recuerda D. Alfredo algún párrafo del libro de "La mujer de su casa„?

BER. De acordarse, refiéranos D. Alfredo.

ALFR. Me acordé del que se refiere á Miss Carroll cuando hablamos, que la mujer es gran palanca si del bien se ocupa.

LEO. Ruego á usted refiera....;

ALFR. Complaceré á ustedes. "Eran aquellos días de luto y desolación en que los estados de la América del Norte habían dejado de ser unidos y se hacían encarnizada guerra; guerra santa para los que habían escrito en su bandera "Abolición de la esclavitud„.

BER. Hermosa guerra redimiendo al cautivo.

ALFR. "Guerra impía para los que peleaban á favor de ella. Las mujeres hicieron prodigios por la buena causa, y no solo infundieron ánimo, determinaron perplegidades, prodigaron recursos, cuidados y consuelos, sinó que derramaron su sangre como si creyeran que solo la suya, inocente de toda opresión y pura podía ser redentora. Los campeones de la libertad tuvieron reveses y conflictos, porque si su esfuerzo era grande, su pericia militar era poca. En un momento crítico se preparó una expedición naval por el Mississipí, haciendo de este rio la principal línea de operaciones contra los confederados, una mujer, Miss Anna Carroll, aquélla que en Maryland en un momento de irresolución, había contribuído á que el Gobernador se decidiera á favor de los esclavos, aquélla que había dado libertad á los suyos„.

LEO. Bella condición moral, sabía predicar con el ejemplo.

ALFR. Es verdad, así daba fuerza á sus justas peticiones, pues bien, aquella digna mujer fué al teatro de la guerra para observar sus circunstancias y progresos, y vió lo que ningún general había visto, que era inevitable un desastre si se ponía en práctica el plan concertado. Para evitarlo di-

rige al Ministro de la Guerra una Memoria con planos, en que se demuestra que la línea extratégica es el rio Tennessee. Consultado por el Ministro, el secretario Scot, persona la más competente en el asunto, declaró que era la primera solución que había visto del dificil problema de cortar la comunicación entre el Este y Oeste del territorio enemigo, y en su consecuencia no llevó á cabo el proyecto de la expedición naval del Mississipí, y se abandonó este río como principal línea de operaciones, adoptando la del Tenness,,. ¿Qué la parece á usted las condiciones de mujer de guerra de la célebre Miss Anna? Pues siguiendo sus inspiraciones el plan tuvo prontos y favorables resultados, tan solo un año se retrasó la toma de Vickslurg, (llamado el Gibraltar de los confederados) por no seguir sus planes, que al ser puestos en práctica seguidamente resultó la más completa victoria.

LEO. Magníficas cualidades, que prueban cláramente que la mujer instruida puede desempeñar los trabajos científicos fácilmente.

BER. ¡Hermosa mujer, estratégica elevada!

NICA. (Aparece en la puerta del fondo). Mucho celebro el ver á mi buen amigo D. Alfredo.

(Dándole la mano, inclinándose saluda por segunda vez á Berta y Leonor, que inclinándose le corresponden).

ALFR. Tambiéu me congratulo verle bueno. (Dándole la mano). Hace un rato esperaba á usted y ya creí no vendría.

NICA Siento infinito haberle hecho esperar, pero no ha consistido en mí y en poco ha estado no poder venir á saludarle.

BER. ¿Hay muy buenas noticias?

NICA. Muy superiores.

LEO. ¿Tan buenas son?

NICA. Puede decirse que son excelentes.

ALFR. Eso mucho me agrada.

NICA. Tenemos nuevos afiliados, y dos con una dona-

ción de diez mil duros de entrada para el fondo de instrucción.

ALFR. Bravo, muy bien. ¿Y quiénes son nuestros nuevos compañeros?

NICA. ¡Los señores Condes de San Marcial!

BER. Nuestros buenos amigos.

ALFR. Son apreciables amigos y dignos caballeros; nada me han dicho, si bien es cierto que hace más de quince días que no les visito.

NIC. También traigo gratas noticias del Ministerio de Estado, según me ha dicho el señor Ministro, sus colegas de los respectivos estados de Europa se hallan.propicios á conceder y arbitrar recursos para la instrucción científica, gratuita, á los más inteligentes hijos de las clases humildes y necesitadas. Del Ministro de la Gobernación tengo promesa solemne de que nuestros afiliados en lo sucesivo nadie les molestará sin justa causa.

ALF. Las noticias que trae usted Nicasio, no pueden ser más satisfactorias, estamos de enhorabuena los regenerados.

BER. Son noticias muy estimables cuantas nos ha referido Nicasio.

CAM. (Desde la puerta del fondo). Señorita Berta, anuncio á usted la visita de los señores Condes de San Marcial, esperan en la sala del principal, donde sus tíos me dijeron que les dirigiera.

BER. Diga usted que seguidamente tendré el honor de cumplimentarles. (Sale camarero).

ALF. Tenía yo que ver á los señores Condes.

BER. Pues suba usted conmigo; Leonor Nicasio, vamos todos arriba.

ALF. Vamos.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO

El teatro representa el interior de la morada de los Condes de San Marcial; de una sala amueblada como vivienda de opulentos aristócratas, lo mejor que posible sea.

La puerta del fondo figurará dar comunicación con un pasadizo de la casa.

Dos puertas de comunicación interna que dán á la sala, cuyas puertas estarán colocadas en las partes laterales, mirándose frente una de otra.

El moviliario y decorado como antes se ha dicho, lo mejor posible, es necesario una consola tocando al lado de la pared del fondo, izquierda de la entrada, sobre la consola dos floreros con flores Violetas y Margaritas.

A la derecha del fondo un armario de luna ú otro objeto de adorno.

Al levantar el telón, aparecerán en escena Elena y Ana en el centro del escenario.

ESCENA PRIMERA

ELENA y ANA.

ELE. Estoy muy reconocida por tus buenos servicios
bien me pruebas que eres mi fiel doncella.

ANA. Señorita, ya sabe usted que estoy á sus órdenes.

ELE. De no ser por tí me sería muy difícil hablar con
mi novio Luis.

ANA. Yo haré cuanto posible me sea.

ELE. (Cogiendo de la mano á Ana abanzando hacia el apuntador y dando á la expresión energía).
No me descubrirás, ¿me lo prometes?

ANA. Fidelidad á cumplir me obligo.

ELE. Ya sabes que mis tíos no quieren tenga relaciones amorosas.

ANA. Bien lo sé.

ELE. Pues discrepción te recomiendo.

ANA. Discreta soy.

ELE. Así me gusta, y por tal te tengo.

ANA. Gracias expresivas, señorita Elena, usted me manda.

ELE. Salga y esté con cuidado.

ANA. ¿Y cuando venga?

ELE. Si hay gente, le manda pasar á la sala del centro. ¿Comprendes?

ANA. Cuando pueda ser que pase aquí.

ELE. Eso es, abisándome antes.

(Ana inclinándose sale por el foro).

ELE. (Paseándose dice): ¿Qué puede ocurrir, aunque mis tíos lo sepan? Que sériamente me reprendan, pues sufriré y tendré paciencia. ¡Lo peor son sus ideas terroristas! Veremos si puedo convencerle de lo peligrosas que son, y que á ningún buen fin práctico conducen. Pero dejo ahora esto, y leeré su carta de ayer. ¡Qué expresiva! ¡Qué atenta! (Sacándola del sobre lee para sí). Está revosando amor sincero! (Hace un poco de pausa). ¡Esto mitiga mis penas! El primer párrafo me entusiasma. (Leyendo la carta con entusiasmo) "Elena, mi siempre idolatrada Elena, hoy no me permiten los trabajos de mi establecimiento litográfico, ni los estudios de mi carrera, ir á tu lado, pero si personalmente no puedo estar contigo, ya sabes que siempre á tu lado está mi invariable cariño, tan fijo en tu bella persona como el sol fijo está en el cielo.

Asi como siempre me acuerdo de tí, espero que de tu divino cerebro me envies en aras de nuestro profundo amor, un gratísimo pensamiento. (Dejando de leer la carta). Primeramente justifica su ausencia. ¡Cumplido caballero! Luego me dice le envíe un gratísimo pensamiento. (Con la mano en la frente figura mandar el recuerdo). ¡Mas nó, de

ahí no se pasa! Diré siempre parodiando á mi querida tia, según dice el poeta: "¡Ay infeliz de la que nace hermosa! y el pensador refiere: ¡Ay infeliz de la que vive débil!„

ANA ¡Señorita! ¡Señorita!

ELE. ¿Qué ocurre? (Con extrañeza).

ANA. Ahí está.

ELE. ¿Él?

ANA. Sí. (Con misterio).

ELE. Díle que entre aquí y espere. (En baja voz).

ANA. Avisaré seguidamente. (Sale por el foro).

ELE. Saldré á ver donde están mis tios, para poder hablar con Luis sin cuidado. (Sale por la izquierda del foro).

ESCENA II.

LUIS y luego ANA.

LUIS. (Entrando por el foro). No la veo aquí? Cuanto mayor deseo tiene uno en ver á una persona querida, más se retrasa su grata presencia. Sin embargo, estas son prematuras impaciencias mias. (Paseándose con intranquilidad). Estoy seguro no tardará en salir.

ANA. (Aparece por la puerta del fondo). Señorito, señorito Luis.

LUIS. (Vuelve la cabeza sorprendido). ¡Ah! eres tú.

ANA. La señorita Elena está informándose dónde están sus señores tíos.

LUIS. Muy bien, ¡esa es verdadera estrategia de enamorados!

ANA. (Entra en escena). ¿Decía usted, señorito?

LUIS. ¿El Conde está fuera de casa?

ANA. No, está en su despacho.

LUIS. ¿Tiene visita?

ANA. Sí, han anunciado á su apoderado de Madrid.

LUIS. ¿Está con él conferenciando?

ANA. Precísamente, se le siente hablar.

LUIS. ¿Puedo estar aquí tranquilo?

ANA. Por ahora sin cuidado. (Sale, se asoma y entra). No viene nadie.

LUIS. Eres la primer doncella discreta.

ANA. No merezco tanto. (Con humildad).

LUIS. Y algo más merece. (Saca dos duros y se los da).

ANA. Dispense usted, no lo recibo. (Rehusándolos).

LUIS. Acéptelos si no quiere disgustarme.

ANA. En ese caso, yo no quiero disgustarle. (Sonriéndose los recibe).

LUIS. ¿Nos serás siempre fiel y reservada?

ANA. Pueden ustedes por mí estar tranquilos, yo de discreción me alimento.

LUIS. Por tu fidelidad serás recompensada, te prometo, si me caso, llevarte de doncella de Elena, en la seguridad que también ha de ser de su agrado.

ANA. Y del mío, por mi gusto hoy soy su doncella, y de su servicio no me separo.

LUIS. Ya lo sabemos.

ANA. (Sale por el foro). Adios señorito Luis, que voy á tener cuidado.

LUIS. Sí, avisa de ocurrir algo.

ANA. Usted descuide. (Sale).

LUIS. Conforme.

ESCENA III.

LUIS, ELENA entrando, y después ANA.

ELE. (Entrando por el fondo). ¿Luis, has esperado mucho?

LUIS. Bastante rato, te saludo con todo cariño y entusiasmo. (Al saludar dá la mano y se quedan fijamente mirando como estaxiados).

ELE. Correspondo á tu saludo entusiasta; me disculpa el haber estado viendo dónde se encontraban mis tíos, creo has esperado muy poco. Suelta, que me lastimas, y no está hien que estemos así tanto tiempo. (Se sueltan las manos).

LUIS. Agarrado de tu mano daría yo la vuelta al mundo. (Mirándola en extasis).

ELE. Me parece que en tus promesas estás hoy bastante exagerado.

LUIS. Ya sabes que siempre digo lo que siento, y no son promesas vanas de ficticio enamorado. ¿Dudas de mí?

ELE. De tí nunca he dudado pero... en dar la vuelta al mundo. ¿No comprendes que resultaría un paseo muy largo, y te habías de cansar?

LUIS. Aunque el paseo es largo te aseguro que contigo no me había de resultar ni molesto ni cansado.

ELE. Pueda ser, otros á pié y sin dinero, implorando la caridad pública, dicen que la vuelta al mundo dieron.

LUIS. Te agradezco que de mí no dudes.

ELE. Ya sabes que de tí yo nunca dudo, en ciertas promesas, bueno es á tiempo pedir la rectificación, mucho más si es algún asunto en extremo exagerado.

LUIS. ¿Saben algo ya tus tios de nuestras relaciones amorosas?

ELE. Hasta ahora nada saben, y temo las descubran sin decirles algo.

LUIS. ¿Y si lo supieran, qué podía suceder?

ELE. El tener yo un gran disgusto, y mayor cuando supieran tus ideales exagerados; ¿si prescindieras de éllos? no temería fueran descubiertas nuestras dignas y honradas relaciones.

LUIS. Mucho me congratula oirte, no temer sean descubiertas nuestras relaciones, por la parte que se refiere á nuestro mútuo cariño; lo que sí me extraña es, pretendas que prescinda de mis ideas, cuando éstas á mí ni á tí nos pertenecen, pues ya sabes que las ideas son divinas, ni se endosan ni se venden, solo tienen una verdadera dueña que en absoluto y por entero se la deben; en la propiedad agena por decoro, y en justicia no hay quien entre. (Dicho con entusiasmo).

ELE. ¿Quién es la dueña y señora que en absoluto, por completo, en tus ideales manda?...

LUIS. Ante la religiosidad en ideas, la conciencia, y ante las necesidades de la Nación, la Pátria.

ELE. Es verdad, no puedo rebatirte, la pátria es nuestra madre soberana, á quien debemos rendir siempre culto de admiración y respeto; por dicha razón, todo lo que en su beneficio se haga es digno de la mayor veneración.

LUIS. Por tu buena interpretación te doy las gracias, y con respecto á mis ideas no vivas jamás alarmada, que son nobles y sensatas.

ELE. No hablemos más de dicho asunto, que llena de tranquilidad esta mi alma, con tus sinceras explicaciones, quedo satisfecha, por no decirte que entusiasmada.

(Ana tosiendo anuncia el peligro).

LUIS. ¿No sientes toser á tu doncella?

ELE. ¡Es verdad!... levántate que vienen. (Dicho con sobresalto).

LUIS. (Se levanta). ¿Me oculto?

ANA. (Entrando con precipitación). ¡Señorita! ¡Señorita! que viene su señora tía. (Observando desde la puerta)

ELE. ¡Escóndete! ¡escóndete! (Señala á Luis se oculte en la habitación lateral derecha de la puerta del fondo).

LUIS. ¿En qué habitación, en la derecha?

ELE. (Como aturdida). Sí, sí, ahí dentro.

LUIS. ¿Pero viene aquí?

ELE. ¡Hay Dios mío! escóndete que te va á ver. (Aproximándose á Luis y obligándole á que se oculte).

LUIS. (Entrando en la habitación). Vamos, aquí estaré seguro.

ANA. Señorita, señorita Elena, la señora Condesa entra en el comedor. (Poniéndose la mano derecha en la boca para que no oiga la Condesa, dicho desde la puerta, observando lo que pasa fuera).

ELE. Entonces estate ahí con cuidado y avisa. (Aproximándose Elena á la puerta donde está escondido su novio dice poniéndose también la mano á la boca). Luis, Luis, sal, que ya no viene.

LUIS. ¡Me parece que hoy no vamos á ganar para sustos! (Dicho con ironia).

ELE. Hay que tener paciencia; mira, cuando te ocultes ahí, más dentro está el ropero, si sientes entrar, ocultate bien.

LUIS. No tengas cuidado, es probable ya no venga y.....siento pasos.....

ANA. (Asomándose á la puerta tosiendo). Señorita, Señorita, ahora si que viene (Tosiendo desaparece).

ELE. ¡Ocultate por Dios, que llega!...

(Ocúltanse separadamente, derecha del fondo Luis, y en la habitación izquierda, frente, Elena).

ESCENA IV.

ANA entrando, después CONDESA, luego ELENA, y al final CONDE.

ANA. (Entra y con un plumero limpia la consola). ¡Menos mal, ya se ocultaron!

CON.ª (Entrando). ¿No está aquí la Señorita Elena? ¡Diría, que la he sentido hablar!

ANA. (Inclinándose con respecto) Efectivamente, hace un momento ha entrado ahí, Señora Condesa. (Señalando en la habitación donde ha entrado Elena).

CON.ª (Entrando) ¿La limpieza no la tenía usted ya hecha?

ANA. Señora por quitar un poco de polvo, que había en esta consola.

CON.ª Tráigame usted del ropero un pañuelo de hilo, voy por mi tarjetero. (Sale la Condesa por el fondo).

ANA. ¡Dios mio! ¿qué vá ha suceder aquí? Si obta por entrar la Señora, se descubre el pastél; entrar yo estando el señorito Luis... Esto es un compromiso. (Vacilando). Vaya que no entro. (Asomándose á la puerta del fondo, entra seguidamente y se aproxima á la habitación de Elena). Señorita, señorita Elena, salga usted inmediatamente.

ELE. ¿Qué ocurre? ¿qué pasa?

ANA. La Señora ha pedido un pañuelo de hilo y dice le saque del ropero. (Observando fuera).

ELE. Espera un poco. (Dirigiéndose á la habitación de Luis). ¡Luis! ¡Luis! sal al momento, que urge.

LUIS. (Aparece en la puerta algo aturdido). ¿Qué hay; estoy seguro?

ELE. Sí, tan seguro como el agua en una cesta.

LUIS. Pues tengo, por lo que dices, una seguridad completa.

ANA. (Entra tosiendo). Señorita, que viene otra vez la señora Condesa.... Ya está muy próxima.

ELE. ¡Luis, escóndete sin tardanza! (Precipitadamente también se oculta en la habitación de enfrente).

CON.ª (Entra por el fondo). ¿Cuánto limpia usted esta habitación?

ANA. (Inclinándose con respeto). ¡Si la Señora otra cosa manda!

CON.ª Sí, parece que está usted hoy algo distraida. ¿Qué pasa? (Se sienta la Condesa y de la consola saca unos papeles que lee).

ANA. No comprendo lo que la señora quiere decirme. (Por lo bajo volviéndose un poco). ¡Ay Dios mio, si nos habrá sentido!

CON.ª Antes pedí á usted un pañuelo limpio, y por lo visto se ha olvidado. (Se pone á leer).

ANA. Señora, voy al momento. (Se dirige á la habitación de Luis). Pues señor, yo aquí no entro. ¡Ah! en el gabinete también los tiene. (Sale por el fondo).

LUIS. (Se asoma á la puerta y dice por lo bajo) ¡Estamos sitiados! (Se oculta precipitadamente.)

CON.ª (Sigue leyendo y saca un tarjetero de oro y terciopelo). ¡¡Dios mio!! ¡otro igual á éste llevó en su pecho! ¿Qué destino en la vida será el suyo? y menos mal si no ha muerto. (Con desesperación cruzando las manos y mirando al Cielo). ¡Qué amarga para mí es la vida! Querer con todo el corazón á un hijo como saben querer las madres, que es el cariño más verdadero; y al sér que tanto una quiere para mayor desgracia y dolor profundo. ¡Una ausencia casi eterna! ¡Y un ignorado paradero!
No pudo dar detalles en su agonía; decía nuestro fiel criado (q. e. p. d.) Salió un hombre en mi

camino y amenazándome me dijo: ¡O te defiendes, ó te mato! y contestó nuestro criado: Déjame llegar á mi destino, mira la carga sagrada que llevo. No hay disculpas; y dejando á un lado su preciosa carga, herida ya en una mano, comenzaron la lucha, y de resultas de ésta murió nuestro honrado criado, no pudiendo pronunciar después más que palabras incoherentes. ¿Y luego? La oscuridad y el misterio más insondable; y tras de esto, ¡mi pertináz amargura!

ANA. Señora. (Inclinándose desde la puerta).

CON.ª (Contrariada). ¿Quién ha llamado á usted para que venga á importunarme?

ANA. Dispénseme, señora, me pidió un pañuelo antes, y aquí le traigo. (Con humildad).

CON.ª Es muy cierto, no recordaba...

ANA. ¿Manda la señora algo más? (Entregándola el pañuelo).

CON.ª Avisaré cuando precise.

(Ana se inclina y sale por el fondo).

CON.ª (Se asoma á la puerta lateral izquierda, llama con sigilo). Elena, Elena.... No está aquí. (Mira á las otras dos puertas para convencerse que nadie la escucha). ¡En estos tristes momentos! Quisiera estar en los más grandes de los desiertos, fuera de la curiosidad importuna y de la maledicencia insana. ¡Quejas profundas dirigir al cielo! Confesar con Dios mis pecados para robustecer mi alma. (Con el pañuelo enjugándose las lágrimas).

CON. (Entra). ¿Constantemente en tu pertináz melancolía?

CON.ª ¿Qué quieres que haga? Hay cosas que difícilmente se olvidan aunque de olvidarlas se tráte; sucede con los grandes dolores como en los jardines con ciertas plantas, ¿tienen raices muy superficiales? pues el jardinero fácilmente las arranca.

¡No sucede igual cuando el vegetal tiene raíz gruesa y profunda, ya cuesta mucho trabajo el

arrancarla! Dejando señales y huellas en la tierra, que no deja la superficial planta; así nuestros dolores bien pueden compararse con las raíces mencionadas; ¿es profundo el dolor? difícilmente se arranca; ¿es superficial? inmediatamente se quita, y sin lexionarnos nada.

CON. Muy lógico es lo que acabas de decirme, esposa del alma, yo te ruego no seas pesimista, y sufriendo menos tengas también más esperanza, pues yo la tengo y confío mucho verle por lo mucho que tu sufres, no lo dudes, quizá muy pronto podamos tenerle en esta casa.

CON.ª ¿En qué te fundas? ¿Cuál es el motivo que te impulsa para abrigar tan risueña esperanza?

CON. ¡Ya sabes que cuando con pertináz confianza mi corazón presiente grata nueva, su pronóstico no falla!

CON.ª Bien quisiera no te equivocases.

CON. El tiempo te doy por testigo, no hablemos más de este asunto, y hagamos fin, teniendo completa esperanza.

CON.ª ¡Sea como dices! y por mi parte cambiemos de conversación, puesto que así lo deseas, también yo participaré de tu consoladora aparición tan deseada.

ESCENA V

CONDE y CONDESA.

CON. De otra cosa vengo á hablarte.

CON.ª Dime, ¿de qué se trata?

CON. De dar estado á nuestra sobrina.

CON.ª Me parece muy pronto, y además, Elena de amores no me habla. (Con extrañeza).

CON. No importa que te figes en que Elena no diga nada, ya sabes que es muy discreta y un tanto reservada.

CON.ª Si te parece se la llama, y veremos lo que dice, supongo se trata de Arturo.

CON. Precísamente, has acertado, ayer en sério me hablaron los padres de D. Arturo de Azán, con tal interés y deseo, que de no realizar dicha boda, preveen un fin funesto por lo apasionado que está su hijo de nuestra querida sobrina.

CON.ª Nunca pude creer una pasión tan ciega, sí noté cuando trataron, que Arturo mucho la quería, pero nunca pude figurarme que un desvío de uno ó de otro pudiera venir á conceptuarse con resultados de fines trágicos.

CON. Participaba de tu misma opinión antes de oir á mi querido amigo D. Juan de Azán; pero, con la firmeza que dió á su relato me convenció, hasta el extremo que me pidió encarecidamente por lo que más quisiera en este mundo, concediéramos la mano de Elena para su hijo Arturo.

CON.ª Siempre que sea posible, creo debemos hacer cuanto esté de nuestra parte, por el solicitado enlace; el cariño tan profundo que dice siente Arturo hacia Elena y la gran posición que ambos pueden reunir, merece que se hagan cuantos sacrificios podamos.

CON. Soy del mismo parecer, y lo mismo he prometido á dichos señores amigos nuestros, siempre contando con tu beneplácito y completa conformidad.

CON.ª Y puesto que estamos conformes, avisaremos á Elena para ver lo que dice, é influir en cuanto nos sea posible. (Llama al timbre).

ESCENA VI

CONDE, CONDESA, LUIS oculto, ANA después y luego ELENA.

CON. Es necesario trabajar todo lo posible porque Elena no nos haga quedar mal.

CON.ª No teniendo por hoy relaciones amorosas, como creo que no tiene, será más fácil conseguir el deseo de los padres de Arturo.

LUIS. (Asomándose por la puerta). ¡Ah! señora Condesa; de buena gana la diría en alta voz: ¡Condesa, si tiene novio no cuentas con este huesped!

ANA. (Aparece en la puerta del fondo). ¿Desean? (Inclinándose con respeto).

CON.ª Diga usted á la señorita Elena que la esperamos aquí, que venga inmediatamente.

(Ana entra por la escena inclinándose y se dirige á la habitación donde está oculta Elena).

CON. ¿Qué te parece Arturo, como colocación para Elena?

CON.ª Si Elena quiere al jóven Arturo, siendo cierto que éste tanto quiere á Elena, en su enlace podrían ser dichosos.

ELE. (Entra acompañada de Ana). Queridos tíos, ¿qué desean?

(Ana saluda inclinándose, sale por el foro).

CON.ª Sí, tenemos que hablarte; siéntate queridita Elena. (La Condesa ofrece un asiento á su izquierda que ocupa Elena).

CON. Precísamente, hija, tendremos precisión de sostener contigo casi una conferencia, en la seguridad de que nos has de prestar tu habitual benevolencia. (Condes sentados espaldas á Luis).

ELE. (Mirando frente á Luis). ¿Benevolencia con mis adorados tíos? Siempre la tengo; ustedes conmigo les ruego la tengan; por lo demás me ordenan.....

CON. Hay ciertos asuntos, Elena, que no se pueden ordenar.

CON.ª Y en otros sérios, ni siquiera condiciones imponer.

ELE. ¡Por Dios, tíos! ¿De qué se trata, que tantos, para mí cariñosos, preámbulos emplean?

CON.ª De tu felicidad ó desgracia tenemos ya que pensar. Cuando se entra en la edad de la pubertad, es necesario reflexivamente tratar de constituir hogar, si en el hombre es conveniente, en la mujer por la educación que se la dá, viene á constituir una verdadera necesidad; antes que como el hielo se quede la casa de sus mayores,

pues sola en el mundo no se ha de quedar, y para crear sucesivas familias, así se ha vivido hace muchos siglos, se vive y se vivirá.

CON. Creo habrás comprendido bien el valor intrínseco de las palabras de tu querida tía.

ELE. Cuando mi querida tia habla, es su palabra tan expresiva que bien se hace entender, de no haber comprendido yo mal, trátase de preparar mi futuro matrimonio.

CON. ¡Has comprendido muy bien!

(Luis se asoma á la puerta y dá de señas á Elena con la mano para que no acepte las proposiciones).

CON.ª ¿Tu conoces ya á los tres hijos de los señores de Azán? Si mal no recuerdo, con Arturo te has tratado.

ELE. (Con desdén). Sí, es verdad. ¿Luego Arturo quiere casarse ya?

CON.ª Precísamente, es el que pide tu mano. Y creemos que tú no se la negarás.

ELE. Me extraña quiera casarse por un modo especial; dispensarme queridos tios que me ría, já... já... já... ¡Qué cosa más particular! pretender casarse antes de tener novia, es el colmo de la particularidad.

CON. Pues qué, ¿no ha tratado contigo?

ELE. Tratamos tres ó cuatro meses nada más; y creerme, queridos tios, me parecioron una eternidad; á decir verdad, aunque peque de insocial, ni como novio, ni como amigo le he podido soportar.

(Luis saca los brazos y repetidamente aplaude sin dar ruido).

(Elena con disimulo, puesto el dedo índice en los lábios, recomienda silencio á Luis).

CON.ª ¿Has tomado en sério lo que te hemos dicho? ¡No es broma, Elena, no quisiera que de este asunto te vuelvas á reir jamás!

CON. Los asuntos sérios, sobrina, no es correcto que les tomes en sentido bufo, así ruego nos prestes atención y seriedad.

ELE. Queridos tios; antes de reirme ya os dige que me dispensárais, por lo demás, sabeis lo mucho que os respeto, y si molesto no volveré á reirme más, así estemos hablando siempre de este caso excepcional.

CON.ª ¿Tú desconoces lo que ha dicho á tu tio D. Juan de Azán? Es preciso sepas que Arturo por tí apasionado está, y no es justo que en aquella casa, donde sabes tenemos una sincera amistad, por tí nosotros tengamos un grave disgusto, y mucho más que hagas desgraciado á quien por tu persona apasionadísimo está. ¿Y por quién? Por la que con risas y chacotas le precipita á la infelicidad.

CON. Elena, con franqueza, es preciso que á nuestro apreciable Arturo no le hagas tamaño desprecio, con un desdén tan inesperado, como impropio de buena amistad.

ELE. Con claridad he de hablar; por ahora no pienso casarme, y aunque estorbara en este hogar, me decidiré á contraer matrimonio cuando transcurran por lo menos dos ó tres años; esto es lo que por ahora digo, sin embargo, ustedes determinarán.

LUIS. (Asomándose. Bajo). ¡Precísamente, cuando yo concluiré la carrera! (Frotándose las manos se oculta; dándole de señas Elena para que guarde silencio).

CON.ª Está visto, señor Conde, por ahora á nuestra sobrina Elena no se la debe hablar más de este asunto.

CON. Es verdad. (Por lo bajo dice á la Condesa). Nosotros por ningún concepto debemos de quedar mal con nuestros leales amigos los señores de Azán, y si esta batalla se ha perdido en otra quién sabe si se rendirá. (Dicho al salir por el foro).

CON.ª Elena, hasta luego. (Salen).

ELE. Adios, queridos tios. ¡Qué pretensiones tan obtusas y extrambóticas las del tal Arturo!

ESCENA VII.

LUIS oculto, ELENA, ANA entrando.

ANA. (Entrando por el foro). ¡Señorita, señorita Elena!

ELE. ¿Qué ocurre?

ANA. Hay anunciada visita, y es muy probable vengan á esta sala por lo que he oido decir. (Sale por el fondo.)

ELE. ¡Luis, Luis!

LUIS. ¿Qué sucede?

ELE. Es necesario que salgas.

LUIS. ¡Al momento! si lo crees preciso.

ANA. Señorita, no hay que perder tiempo, urgente que salga el señorito Luis.

ELE. ¡Abre inmediatamente la puerta de la escalera!

ANA. Directamente voy abrir. (Sale.)

LUIS. Te doy un millón de gracias, por tu resolución firme.

ANA. (Asomándose). Urgentísimo, salga. (Sale Ana).

ELE. No hay de qué, presiento tengo que luchar mucho.

LUIS. Serán méritos de mi gran estima. ¡Se me parte el alma al separarme de tí!

ELE. ¡Mi corazón bien lo siente!

LUIS. (Da la mano á Elena.) Adios. ¡Soy tuyo hasta el suplicio! (Con ternura.)

ELE. ¡Y yo tuya hasta la muerte! (Con sinceridad).

LUIS Lucha contra las exigencias de Arturo, no me olvides Elena.

ELE. Lucheré y yo no te olvido, si de tí, no soy olvidada.

LUIS. ¡Estaría contigo hasta el fin del mundo! (apretando la mano).

ELE. Tú presencia és para mí muy grata. ¡Suelta que me lastimas! (Se sueltan las manos).

ANA. (Asomándose) ¡Por Dios! Señorita Elena, que salga inmediatamente. (Desaparece Ana).

LUIS. Hasta la más próxima vista.

ELE. Hasta más ver. (Sale Luis por el foro, y Elena por la puerta lateral izquierda).

ESCENA VIII.

CONDESA entrando, seguida CONDE, después ELENA y luego ANA.

CON.ª Es grande, el interés que tengo por ver y saber el contenido de ese gran pliego cerrado y lacrado parece por su tamaño que mucho debe de decir; sin saber por qué presiento debe encerrar grata nueva.

CON. Para mí es extraño que el portador no haya querido subir, habiendo preferido entregar esta carta al portero, y según éste ha notado, el dador la entregó algo intranquilo. (Rompe el sobre y lee). "A los Excmos. Señores Condes de San Marcial Confesión histórica:

CON.ª ¿Comienza en confesión histórica? ¡El corazón quiere salirse de mi pecho! (Como sintiendo ahogos).

CON. Esposa mía; ten serenidad, no te alteres, de otro modo no puedo leer esta carta. ¿Si has de interrumpirme la lectura?...

CON.ª ¡Solemnemente prometo no interrumpir la leyenda!

CON. Siendo así, daré principio confiado en tu palabra. (Lee.) Fuimos Ambrosio y yo, de merienda, á las Ventas del Espíritu Santo, donde merendamos opíparamente; no se escaseó la bebida, bailamos, y en el baile surgió una cuestión entrambos, la causa fué una mujer, y por élla nos peleamos, la gente nos separó; al pronto aparentemente nos tranquilizamos algo, pero al poco rato me dijo Ambrosio...

CON.ª Ambrosio era el ayuda de cámara de mis padres, el que nuestro hijo llevó.

CON. Recuerdo perfectamente, ¿sigo leyendo?

CON.ª Dispensa mi interrupción.

CON. (Leyendo). Te desafío, esta noche á las once te esperaré en la calle de Serrano, esquina á la de Ayala, y allí nos veremos las caras, ya que aquí te las hechas de guapo.

Ambrosio, le dige: déjame en paz no tengamos un mal paso.

No aceptas porque eres un cobarde miserable.

Oye, Ambrosio, de esos insultos yo jamás paso. Retíralos, por que de otro modo preveo van á salirte muy caros.

Pues acepta, miserable mamarracho. Puesto que tú lo quieres Ambrosio, y los insultos no retiraste por tu repetida provocación, aceptado.

A las once de la noche le esperaba yo á Ambrosio en la calle de Serrano, en el sitio designado me dirigí á él y le dige: aquí estamos, y ahora precísamente puesto que tú lo has querido nos vamos á ver nuestras caras, ya que esta tarde te las hechabas de majo.

Ambrosio me contestó, ¡déjame que llevo un sagrado encargo!

No puede ser, si algo te estorba lo tiras; pues esta noche por ir tarde y por tu escándalo no llegué á la hora de mi obligación me despidieron mis amos, tú vas á pagar todos los perjuicios que he sufrido, ó te defiendes, ó te mato.

Saqué mi chafarote, le tiré un tajo, sentí un quejido de mi contrinca, y otro como de un niño que lloraba lastimado.

CON.[a] ¡Hay hijo mio! sigue leyendo ¡por Dios!...

(Conde lee) Esto parece que va muy de veras dijo Ambrosio, precedida de una grave interjercción que por decoro y bien decir no relato. ¡Y tan de veras! que si no te defiendes, mueres como un cordero entre mis manos. Dejó ambrosio su impedimenta, relució su navaja y entonces comenzó el fregado, un salto de costado me salvó la vida, avancé de otro salto, y hundí mi navaja en su pecho, quedándole tendido en el suelo pronunció un quejido prolongado, sin poder proferir una palabra; allí le quedé en el suelo.

Y tan herido, que no pudo confesar al delincuente, murió al poco rato, y á excepción de algunas

palabras que constan en el atestado instruido por el juez de guardia; palabras tan incoherentes, que nada pusieron en claro. (Dicho con sentimiento).

CON. Déjame seguir leyendo.

Tuve un momento de duda, de correr ó dejar allí todo, y en otro momento me rehice, cogí el emboltorio, salí escapado, llegué á casa de mi madre, referí el caso, y dentro del emboltorio había un niño herido en la mano derecha, sin avisar al médico entre mi madre y yo le curamos á aquel ángel de hermosura. ¡Qué guapo era!

CON.ª ¿Dices que guapo era? Luego es decir que ha muerto. ¡Ay Dios mio! yo me pongo mala, me muero. (Agitación nerviosa como sintiendo grandes ahogos). No, no pue...do el muer...to (Se desmaya sentada, trátese de dar toda apariencia de un natural síncope).

CON. Esta mujer se me va entre las manos ¡Elena! ¡Elena! (Sujetando á la Condesa). Elena, Elena, Ana, Anaa (Levantando la voz para hacerse oir. Precipitadamente se guarda los papeles que tiene en la mano).

ELE. ¡Dios mio! ¿qué ocurre? ¡Jesús, muerta mi tia! (Acercándose á su tía, luego con el pañuelo la da aire en el rostro). ¡Ana! ¡Ana!...

CON· Muerta no está. ¡Elena! no exageres, está únicamente desmayada. (El conde sostiene con su mano la cabeza de la Condesa, que estará de lado hácia el público).

ANA. Señorita; ¿desea? ¡Ay Dios mio! la señora Condesa desmayada. (Se acerca y la coge una mano, está casi fría; entre las dos y el Conde la colocan más dentro del escenario, casi al fondo donde pueda estar con más comodidad, Elena coge un abanico y la da aire).

ELE. ¡Inmediatamente Ana vaya usted á por el frasco del Eter, y venga al momento!

ANA. (Sale á toda prisa).

ELE. ¿Cuál ha sido la causa, querido tío?

CON. Una impresion fuerte, noticias de aquel desgraciado secuestro.

ANA. Aquí está Señorita (Alargándola el pequeño frasco).

ELE. El Eter, es la mejor medicina para mi tía en estos casos. (Aplicándo el frasco á la nariz de la Condesa, un momento de silencio).

ANA. Ya parece que respira mejor (Ana aflojando la cintura á la Condesa).

CON.ª ¿Por qué esta.....is á mi lado? (Volviendo de su letargo). Me duelen mucho las sienes dame á espirar de ese frasco ¿qué ha sido esto?

ELE. Un ligero desmayo.

CON.ª Ah! ya me explico..... Elena, Ana, abandonar este aposento.....

ELE. Estamos á tu cuidado.....

CON. Si, dejarnos solos, Condesa, no tengais cuidado que, hay noticias muy gratas.....

ELE. Puesto que quieren ustedes estar solos, con vuestro permiso nos retiramos. (Elena y Ana inclinándose salen por el fondo).

CON.ª Os ruego la continuación de la interrumpida lectura. (Con gran deseo de que prosiga leyendo).

CON. Prosigo leyendo, si vuestro ánimo está dispuesto á escucharme sin emociones, que pudieran seros funestas.

CON.ª Estad tranquilo que no interrumpiré.

CON. Siendo así, seguidamente empezaré á leer. (Sacando la carta lee). Y para tranquilidad de los Señores Condes diré: Que era guapo, y en la actualidad lo és.

CON.ª Tranquilizadoras palabras, que llenan de regocijo mi alma. (Prosigue la lectura).

CON. En poder de mi madre, estuvo el niño quince días, hasta que se le curó la herida, dejándole una pequeña cicatriz entre los dedos índice y corazón; durante su estancia en Madrid, la lactancia fué confiada á una vecina amiga de mi madre, temiendo ser descubierto, retiré un papel que daba instrucciones á la nodriza de Carabanchél.

CON.ª Vamos ya comprendo, se refiere á la que encargamos para atender al niño.

CON. Es muy cierto. (Continúa la lectura de la carta). En poder del niño, dejé un tarjetero de terciopelo y oro con las iniciales gravadas C. de S. M. Temiendo ser descubierto, para ocultar la muerte de Ambrosio, nos trasladamos á Consuegra, pueblo natal de mi madre; á una sobrina nuestra confiamos el niño encargando le criase con otro que tenía, la dejamos quinientas pesetas de mis ahorros, para que mejor le atendiera, haciéndola entender que era hijo mio; á los pocos días de estar en el pueblo de mi madre, dispusimos ésta y yo, irnos á la Argelia para evitar responsabilidades, por el desenlace que tuve en la cuestión con Ambrosio.

Durante los doce años de nuestra residencia en la Argelia, mi madre fué la encargada de mandar once duros mensuales para atender á la educación de Julio, al que dí mi apellido, reconociéndole como hijo en Consuegra, donde fué bautizado antes de trasladarnos á la Argelia.

CON.ª ¡Dios mio, esta revelación es novelesca!

CON. Entiendo dice una verdad.

CON.ª ¡Dos veces bautizado! ¡Jesús! ¡Jesús!

CON. (Sigue leyendo). A los trece años, ocurrieron las terribles inundaciones de Consuegra.

CON.ª ¡Dios mio! ¿Se ahogaría mi hijo?

CON. No temas, por el niño, dice que vive, tranquilízate ó no sigo la lectura.

CON.ª ¡Sigue por Dios! (Con ansiedad).

CON. (Leyendo). A consecuencia de las desgracias de la horrorosa inundación, por la prensa Española supimos la muerte de várias personas de nuestra querida familia, murieron ahogados mi sobrina, su esposo, el niño hermano de pecho de Julio, y dos hermanas de mi madre, ésta de pena agoviada por tantas desdichas falleció al poco tiempo en Argelia.

Transcurridos tres meses, después de haber escrito várias cartas al Juez y al Alcalde de Consue-

gra, últimamente una certificada dirigida al primer Alcalde, preguntando por Julio, merecí de dicha autoridad el honor de la respuesta, en la que me decía únicamente: "Querido paisano: No puedo darle detalles de cuanto me pregunta, aquí por hoy, no hay otra cosa que lágrimas y desolación, á causa de la terrible desgracia que pesa sobre esta desdichada Consuegra.

Lo más oportuno sería, por su presencia en ésta, inquiriese lo que en la suya me pregunta, de otro modo le será difícil saber lo que desea„.

Ante carta tan dolorosa, realicé mis negocios en Constantina, y de la Argelia me vine á averiguar y saber definitivamente el paradero de Julio; preguntando vários días, supe que el criado del Alcalde le salvó en la inundación de inminente muerte. Unos caritativos periodistas de Madrid le recogieron y á Madrid le llevaron, siendo prohijado al poco tiempo por una sociedad importante, titulada "Los Regenerados„ quienes le educan científicamente, y en la actualidad, me consta, está matriculado en la Universidad central, en cuarto año de Derecho.

CON.ª ¡¡Dios mio, qué felicidad!! ¿Pronto le tendré entre mis brazos?

CON. Lo mismo creo, pero ten un poco de calma; me figuro estamos leyendo un escrito reparador de un hombre, que para mí está grávemente enfermo y en honor é interés á la revelación debemos de concluir de leer este documento. (Conde lee) "Padezco una grave enfermedad epiléctica, estoy muy cerca del sepulcro. Mi vida es corta, muy corta. Julio recibirá otra carta para que se vea con ustedes; dejo encargado á mis testamentarios, hagan llegar en secreto este pliego cerrado y lacrado á vuestro poder.

Ruego me perdonen del daño que haya podido hacerles, como también pido indulgencia y perdón del que todo lo puede.

Adios, señores Condes de San Marcial, y por lo mucho que he velado por Julio, creo que el perdón implorado me será concedido.—*Sanciste*„.

CON.ª ¡Perdonado de todo corazón!

CON. ¡También le perdono!

ESCENA IX

CONDESA, ELENA entrando, CONDE.

ELE. (Entrando). ¿Han llamado ustedes?

CON.ª No hija mia, pero ya que estás aquí sal y di á tu doncella prepare un té y me lo sirva al momento.

ELE. (Con sincera complacencia). Seguidamente voy á decir á mi doncella prepare lo que usted desea. (Sale por el fondo).

CON. ¿Qué hacemos en este caso Condesa? hay que resolver sin demora.

CON.ª Por ahora es el único asunto que mi corazón embarga, no tardando, como madre cariñosa pensaré una resolución inmediata.

CON. Creo igual, y no sería nada correcto que el hijo venga sin antes haber dado los pasos precisos para tenerle á nuestro lado.

CON.ª Soy de parecer respetando tu opinión, debemos preguntar en la Universidad dónde vive Julio, para que venga á nuestra casa.

CON. ¿Y la sociedad Condesa?

CON.ª No me hableis de eso, señor Conde, ¿no es bastante la pertinad penitencia del tiempo que nuestro hijo ha vivido separado de nosotros?

CON ¡Es verda! Pero sin embargo.....

CON.ª Antes de cometer una falta debe pensarse, y no hacerla, despues de hecha, la hipocresía es dañosa, que ni repara ni enmienda, por consiguiente siempre la doblez es ridícula, y la mayor parte de las veces, cuando no repara el mal es perniciosa.

Nuestra falta ante Dios y ante las Leyes ha quedado reparada, mejor moriré que prescindir de mi hijo, ¡que es un pedazo de mis entrañas!

CON. En esa firme resolución te sigo como la camisa sigue al cuerpo.

CON.ª Sintiéndome algo indispuesta por las emociones sufridas, te ruego me des el brazo, para ir á tomar el té, haber si repara mi ánimo decaido, que tanto hace sufrir una emoción triste como una impresión satisfactoria.

CON. (Dándo el brazo á la Condesa). Vamos y no te impresiones tanto, en la presente ocasión, no hay para qué sufrir excesivamente, pues todo ha de tener fácil arreglo. (Sale el Conde y la Condesa por el fondo.)

ESCENA X.

ELENA entrando, ANA al final.

ELE. (Entra en Escena por el fondo). Pues Señor, el tal Don Arturo, és para mí una carga pesada; ¿que querrá decirme con su importuna correspondencia? (Recoje una carta que al entrar arrojó con desprecio sobre una silla, rompe el sobre y lee).

Mi más respetable Elena: Espero de su distinguida bondad me diga, á correo seguido, si las proposiciones hechas por mis padres á sus queridos tios, han encontrado en su bondadosa atención el lugar correspondiente á la más sincera y desinteresada de mis leales y decidida determinación, para llevar á feliz término mis aspiraciones. Contando con su amabilidad, mandaré á mi ayuda de Cámara por su atenta contestación.

Sabe soy su apasionado é invariable entusiasta amigo Q. B. S. P. Arturo de Azán.

Este es el mejor de los casos que á mí me ocurren. Si le doy la contestación que se merece por su importuna cuan ridícula idea, de pedir á una

mujer su mano cuando aún no tiene relaciones amorosas y á tal exigencia estemporánea se une esta nueva pretensión escrita; se merece una contestación bastante enérgica.

No puedo contestarle con toda dureza, por temor á no disgustar á mis tíos.

Por otro lado si no le contesto, puede concebir esperanza en cuyo caso no queriéndole como no le quiero, constituye para mí un contínuo mareo, teniendo que aceptar unas pretensiones que decididamente no quiero, y por consiguiente, mejor es desengañarle y que sus planes no vayan tomando importancia y sea más difícil desengañarle luego.

ANA. (Entrando). Señorita, se me olvidaba decirla, que el ayuda de cámara de D. Arturo me dijo volvería luego.

ELE. ¡Es un hombre el dichoso D. Arturo! que no puedo soportarle, y no puedo por más tiempo ¿pues no tiene la pretensión extraña de pedir mi mano adelantándose como el almendro? ¿Y qué te parece á tí su deseo? ¿Qué he de hacer?

ANA. No queriéndole como usted no le quiere, y habiéndose adelantado como el almendro, para mí la solución es fácil.

ELE. ¿Cuál es tu solución? Sepámos.

ANA. Habiéndose adelantado como la flor del almendro, se le aplica una helada con tiempo, y la suerte que corren dichas flores sufrirá Don Arturo.

ELE. Estoy conforme, que su amor se hiele con el aire glacial de mi desprecio.

ANA. A buena hora, me parece que aún aplica mi Señorita el remedio.

ELE. Cuando venga el ayuda de cámara de Don Arturo, le devuelves esto. (Entrega la carta que recibió, poniéndola un sobre nuevo).

ANA. ¿Es decir, que se la devuelve?

ELE. Sí, decididamente se la devuelvo, y para la contestación no necesito pluma ni tintero.

ANA. (Sale por el fondo como inclinándose saluda).

ELE. Tengo que ir á preparar los vestidos que me ha traido mi doncella, antes que vengan los amigos de mis tíos, y si por fin se da el baile, tenerlo todo dispuesto. (Sale por la puerta izquierda lateral).

ESCENA XI

CONDESA y CONDE entrando y después AYUDA DE CÁMARA, seguidamente ALFREDO y al final ELENA y ANA.

CON.ª Me siento completamente bien, nueva y firme esperanza mi corazón abriga. (Entrando en escena por el fondo). Grata ilusión que la creí marchita, y gracias á Dios hoy la veo iluminada con la claridad más brillante; al rededor mío, antes no encontraba más que ¡amargura, desolación y llanto!

CON. (Entra por el fondo). Mucho celebro verte más risueña, sin duda alguna, ya ves muy próxima la presencia del sér que tanto adoras.

CON.ª Es verdad, el corazón me dice que está muy próximo al que tanto quiero, pues ya es tiempo para dejar de llorar su ausencia casi eterna.

A. C. (Aparece en la puerta del fondo). Señores... (Inclinándose con respeto). Don Alfredo Almiranta, Comandante de Artillería, desea saludarles.

CON. Dígale usted, que para tan buen amigo, siempre estamos visibles. Que pase. (Sale Ayuda de Cámara).

CON.ª Ya hacía tiempo que no venía D. Alfredo.

CON. Cierto, en casa de Berta no pudo vernos, le avisaron y no subió, por ser el aviso urgente.

ALF. Agradezco muchísimo la deferente amabilidad de los señores Condes. (Se inclina saludando al entrar, condes también se inclinan).

CON. Entre, señor Comandante; no merece menos nuestro noble amigo.

ALF. Gracias. ¿Qué tal Condesa? (Estrechándola la mano).

CON.ª Muy bien. ¿Y usted?

ALF. Perfectamente. ¿Y usted, señor Conde? (Dándole también la mano).

CON. Bien. ¿Y usted, D. Alfredo?

ALF. Bien, señor Conde.

CON. Siéntese, Comandante. (Acercándole una silla).

ALF. Con el permiso, Condes. (Sentándose).

CON. ¿Cuánto tiempo sin dejarse ver?

ALF. Efectivamente, hace más de quince días no pude ver á ustedes en casa de Berta, por un aviso que recibí en el momento, en que me disponía á subir á saludarles.

CON.ª Sí, Berta nos dijo que habían llamado á usted con urgencia; nos interesamos en preguntar por su estimable salud, y supimos con satisfacción estaba usted completamente bueno.

ALF. Muchas gracias, por sus buenos deseos é interés acerca de mi salud.

CON. ¿Tiene usted muy adelantados los trabajos que le fueron confiados en la sesión anterior á la última celebrada en casa de D. Nicasio?

ALF. ¿Se refiere usted al servicio militar?

CON. Precisamente.

ALF. He trabajado poco aún sobre dicho asunto, pero hace tiempo que en ese particular tengo opinión propia, y basta que nuestro partido los regenerados hayan acordado resuelva yo dicho tema, trataré de hacer un estudio lo más profundo posible.

CON. ¿Podríamos saber su opinión aunque sea por ahora dicha de una manera concisa?

CON.ª Yo también le ruego nos refiera su parecer, así ésta sea tan concreto como usted desee.

ALF. Tengo decidido vasar el tema del servicio militar, en lo futuro, como mejor para todos en el dilema, de voluntario en tiempo de paz, y obligatorio en casos extremos de guerra. Le creo necesario de voluntarios en tiempo de paz, para no restar los más robustos brazos á la agricultura, á la industria, al comercio, y quitar también inteligencias á las letras; por un lado la razón antes expuesta, por otro las aptitudes predi-

lectas, el hombre que nace para la guerra es malo torcerle por otra senda; como igualmente el que nace para la paz, es muy violento dedicarle contra su inclinación y predisposición por el ca mino de la guerra.

Ahora bien, en casos de guerra, cuando la pátria peligra, obligatorio debe ser, por justicia, no es justo que en tales casos nadie rehuya un deber ineludible, el cual, siempre hasta con heroismo el más timorato se presta; y si la guerra es de invasión extranjera, tenemos probado que hasta las mujeres saben salir á la defensa de la Nación.

CON.ª Me entusiasma suopinión, Don Alfredo, y el día que dé usted la conferencia, seré una de las que asistan á oír su elevación de miras, sobre un asunto tan importante como la cuestión de guerra.

ALF. Grasias mil, Condesa. (Se inclinan los dos).

CON. ¿Es decir qne en caso de guerra la redención usted la desecha?

ALF. Ciertamente, que yo no admito en mi manera de pensar, aunqne respeto muy mucho la manera de pensar de los demás, así sean contrarios á mis ideas, no hago más que marcar mi noble aspiración, mi fiel tendencia y diría siempre lo que dijo el Rey de Prúsia á todo el que redención pidiera en metálico, y sobre todo en los casos de guerra.

CON.ª ¿Podemos saber Don Alfredo, lo que dijo el Rey de Prúsia?.....

ALF. Sí, tendré mucho honor en referirlo.

CON. Yo también le ruego lo refiera.

ALF. Seguidamente lo diré: Dicen: Que en la guerra Franco-Prusiana; un opulento Banquero de Berlín, solicitó y obtuvo audiencia del Rey, para decirle: Señor: Solemnemente me obligo á organizar á mí costa un Regimiento y sostenerle durante toda la campaña, si á mi hijo le relebais del servicio militar, pues siendo único me quedaría en la más triste

y desamparada soledad si pereciera en la guerra. A lo que contestó Guillermo I. "Unico es mi hijo Federico, y él y yó á la campaña iremos„.

CON.ª Muy bien contestado, y en pocas palabras, se conoce que el antes, Rey de Prúsia y después Emperador Guillermo I de Alemania, resolvía las injustas pretensiones con inconcusas é incontrovertibles sentencias.

CON. Estoy conforme con lo dicho por Don Alfredo, pero una cosa se le pasa.

ALF. ¿Y cual és?

CON. ¡Los recursos pecuniarios que dan las redenciones!

ALF. Dispénseme el Señor Conde, eso no quiere decir nada; en la guerra hay dos llamadas á las fuerzas contributivas del país, una de sangre, y otra de dinero, y lo que hacemos nosotros los militares cuando estamos en batalla; que se necesita cargar á la bayoneta, pués se recurre á los infantes si este arma es la conveniente, el toque de llamada sería anunciar el ataque á la bayoneta. ¿Qué juzgaría el Señor Conde si en lugar de mandar tocar paso ataque, se ordenase tocar retreta?

CON. Es cierto, sería una confusión completa, comprendido.

CON.ª Perfectamente explicado. ¡Se entiende el sentido!

ALF. Muy justo, el caso es claro, ó se piden hombres ó se piden pesetas, si lo primero á cumplirlo, tal y como se ordena, y si son las dos cosas, los que tengan hombres darán hombres, y cuando se llame al dinero, se toca una diana de empréstito voluntario, ó una de contribución obligatoria; y de ese modo no se confunde lastimosamente una tributación con otra.

CON. En todo lo que usted ha dicho estoy conforme, y de acuerdo ¿y no sería conveniente licenciar á todos los ejércitos para que no hubiera guerras?

CON.ª Resolviendo las cuestiones por medio de la diplomacia y formando un congreso europeo para garantir la paz.

ALF. Del ejército no se podrá prescindir en ningún tiempo, bien para garantir el órden, bien para civilizar á pueblos incultos en casos extremos, ó bien para garantizar á sus estados y gobiernos; el ejército es el brazo de la pátria y figúrese Condesa lo que sería un pueblo sin brazo derecho. Ahora bien, también opino como usted, que debiera existir un congreso, hasta universal inclusive, y éste resolviese las cuestiones en justicia entre uno ú otro pueblo, y cuando uno de los contendientes no quisiera respetar sus justos acuerdos, entonces todos los estados, en unión irían con sus ejércitos á imponer el correctivo debido, á la nación que no quisiera hacer respetar los acuerdos pacíficos del Congreso, bien fuese el Congreso universal, ó bien fuese Europeo.

CON. Serían los tales congresos de gran estima y respeto, entre todos los pueblos.

CON.ª Es muy cierto. También estoy conforme con Don Alfredo.

ALF. ¡Cambiando de conversación! Condesa, con vuestro permiso me llama la atención ese tarjetero que teneis en la mano. (Mirando sin cogerle). ¡Otro como ese yo recuerdo!...

CON.ª Entérese bien, señor Comandante. (Entregándole el targetero). Si fuese igual, sería un tesoro el hallazgo.

CON. ¡Ya lo creo que sería felíz el encuentro!

ALF. (Examina el tarjetero, fijándose mucho en las iniciales C. de S. M.) Afirmo una y un millón de veces, que éste es igual al que tiene Julio, con las iniciales C. de S. M. (Se levantan todos impresionados por la noticia).

CON.ª ¡Julio ha dicho!... Con iniciales iguales, por Dios, Don Alfredo, ¿dónde está Julio? El tarjetero, señor, no sé lo que digo ni lo que me pasa. ¿Qué es esto? (Con gran excitación). Dígame por Dios dónde está Julio, pronto, al momento, yo no puedo... (Hechándose la mano á la cabeza).

CON. ¡Sí, decirlo al instante!

ALF. ¡Julio ha ido al Escorial! Esta noche viene á las diez. (Dicho con precipitación).

CON.ª ¿Está bueno? ¿No habrá sufrido algún contratiempo? (Con vehemencia).

CON. ¡Mujer, no tengas cuidado!

ALF. Condesa, estad segura que á Julio no puede haberle pasado nada; en otro caso ya tendría yo noticias. (Tranquilizándola).

CON.ª Es nuestro hijo el secuestrado. ¡Dios mío, yo quiero verle pronto! ¡Conde, por la Vírgen del Cármen! Hablad claro á D. Alfredo, á calidad de hombre digno y cumplido caballero.

CON. Don Alfredo, tengo que hablaros en secreto. ¡Por nuestro honor! (Llamándole aparte).

ALF. ¡Por el vuestro, Conde! Un caballero os escucha. (Hablan en secreto).

CON.ª ¡Elena! ¡Elena!... (Llamando al timbre). ¡Qué deseos tengo de verle!...

ELE. ¿Llamaba usted, tia mía? (Con dulzura).

CON.ª Sí, hija del alma; si le veo seré la más felíz entre todas las mujeres.

ELE. ¿Qué ocurre; que con tantos deseos quiere usted ver? (Con extrañeza).

CON.ª ¡Mi hijo el secuestrado!

ELE. ¿Dónde está, querida tía?

CON.ª (Llamando al timbre). Ahora oirás, Elena mía.

ANA. (Inclinándose con respeto aparece en la puerta del fondo). Señora; ¿llamaba?

CON.ª Sí, decir inmediatamente al cochero que salga con el landó, y espere en la puerta principal; avise cuando esté, y dígale también que á las diez tiene que estar sin falta en la estación del Norte. (Sale Ana).

ELE. ¿Está fuera de Madrid?

CON.ª Sí, viene del Escorial.

ELE. Entonces ya está cerca.

CON.ª ¡Hija mía, para mí está muy lejos!... (Poniéndose la mano derecha sobre el corazón).

ELE. Y para mí, querida tía, ya comprendo.

CON.ª Gracias, interpretas bien mi deseo.

A. C. Señora. (Inclinándose con respeto). El cochero la espera con el landó en la puerta principal.

CON.ª Bien, que aguarde.

(Ayuda de Cámara se retira inclinándose).

CON.ª Señor Conde, D. Alfredo, el coche está en la puerta, la hora se acerca, vamos á la Estación, no quiero que venga solo Julio. ¡Dios mio, qué impaciencia tengo! (Con intranquilidad).

CON. Condesa, no consiento... Iremos D. Alfredo y yo, bastamos, ya lo creo; hay ciertas escenas maternas que no deben desarrollarse en un andén de estación. Vosotras os quedais aquí preparándole el filial alojamiento.

ALF. Condesa, es muy cierto y oportuno lo que dice el señor Conde; si ustedes nos dán su venia, partimos y con Julio aquí inmediatamente regresaremos.

ELE. Dicen muy bien mi tío y D. Alfredo, y entretanto nosotras habitación le preparamos, la sirve de distración en lo que regresan. (Dicho en sentido convincente).

CON.ª Decis todos bien; el coche está preparado.

CON. Pues en marcha, amigo D. Alfredo; no te impacientes, Condesa.

CON.ª ¡Sin natural impaciencia! ¡Imposible!

ALF. Salgamos al momento, señor Conde. Condesa, Elena, á los piés de ustedes. Hasta luego. (Al salir se inclina).

CON.ª D. Alfredo, besamos á V. la mano. Hasta ahora.

ELE. Lo dicho, hasta más ver. (Inclínase correspondiendo).

CON. Adios, hijas. Hasta muy pronto. (Las dá una palmadita en las espaldas con amabilidad).

CON.ª Adios, no tardeis, esposo mío. (Con dulzura).

ELE. Adios, respetable tío.

CON.ª Vamos á prepararle á mi querido hijo el aposento.

ELE. Es verdad, antes ahora que luego. (Salen por el fondo).

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Igual decoración que la del acto segundo, y representando también la misma habitación, con idéntico mobiliario.

En la entrada de la puerta del fondo, á la derecha, se colocará un aparato telefónico, con su cordón y voquilla de audición.

Muy próximo á la referida puerta, se colocará un escudo con armas, espadas y dos puñales, y en la parte superior del mismo un casco guerrero, ú otro adorno propio de sala de armas.

El escudo debe de estar tan próximo á la puerta, que le sea fácil á Luis coger la espada al entrar para defender á Elena.

Como en el acto anterior, estará tocando con la pared del fondo, la consola con dos floreros, éstos contendrán flores violetas y margaritas; y á la derecha de la entrada del fondo el armario de luna ú otro mueble de adorno, que permita ocultar á un lado á Arturo cuando entre Elena.

Pónganse dos panoplias para colgar las armas, á izquierda y derecha de la puerta del fondo, para la buena simetría y adorno del decorado, y cuanto sea necesario en mejora y conveniencia del mismo.

ESCENA PRIMERA

CONDESA, ELENA, ANA entrando, y luego AYUDA DE CÁMARA.

CON.ª Los minutos son para mí siglos. ¡Qué impaciencia! ¡Qué deseos! (De uno para otro lado paseándose).

ELE. No han de tardar ya mucho. (Tranquilizándola).

CON.ª Mejor dirás que tardan demasiado.

ELE. ¿Quiere usted avise al Ayuda de Cámara de mi tio, para que acaballo se traslade á la estación y nos avise la llegada?

CON.ª Sí, que venga al momento, y antes que el coche llegue nos traiga la noticia.

(Elena llama al timbre y sale al encuentro de Ana, que llega á la puerta del fondo).

ANA. ¿Desean? (Inclinándose).

ELE. Avise al instante que venga el Ayuda de Cámara. (Ana se dirige por el pasadizo izquierda. Sale).

CON.ª Buena idea, él es buen jinete, puede ir acaballo, y antes que el coche de la estación salga, á la carrera venir, y anunciarnos la llegada de Julio.

ELE. Es verdad, así nos anuncia su venida antes que venga el coche.

A. C. (Aparece en la puerta inclinándose con respeto). Señora; ¿desea?

CON.ª Ensille usted el caballo Palafrén, y á la carrera salga para la estación del Norte; allí está el señor Conde, tan luego vea al viajero que espera vuestro amo y D. Alfredo, sale ganando á toda prisa la salida del coche, y nos anuncia si el viajero llega bueno.

ELE. Pronto, al momento.

A. C. Es decir, ¿á toda espuela?

CON.ª Corriendo, sin perjuicio de los transeuntes.

A. C. Comprendido, seré ligero. (Sale inclinándose).

CON.ª Ha sido felíz tu ocurrencia.

ELE. Y mejor la de mi querida tía, de mandar llevar al Ayuda de Cámara el caballo Palafrén, al más airoso y ligero de nuestras caballerizas.

CON.ª Ligero; ¡vaya si es! En el hipódromo ganó el primer premio la temporada próxima pasada.

ELE. En menos de cinco minutos corriendo entra por la Castellana, atraviesa las calles de Brabo Murillo, Princesa, baja por el paseo de San Vicente, y en la estación le tenemos.

CON.ª Cierto, si no fuese por los obstáculos de otra carrera en otros cinco minutos le teniamos á la puerta de regreso. ¡Ay hija mia! para ciertas impaciencias, debiera haber un caballo que corriera tanto como el pensamiento. (Tilín, tilín, tin, tin, tin, tin tin tin... suena timbre-telefónico).

ELE. ¿Llaman al teléfono?

CON.ª Si, la campanilla sigue tocando, voy á ver que

desean. Se aproxima á la pared del fondo al teléfono, abre la comunicación y pregunta.) ¿Quién llama? ¿Qué desea? (Conde de San Marcial) Acércate al teléfono, hija, es tu tío el que comunicación pide.

ELE. ¿Quiére usted que yo comunique?

CON.ª Sí, hija, que yo estoy algo indispuesta. (Cogiendo el cordón dice Elena.)

ELE. ¿Qué desea?

CON. ¿Está la Condesa? (Desde la Estación).

ELE. ¿Dice que si está usted.

CON.ª Dile que sí.

ELE. Si está, ¿qué desea?

CON. ¿Está bién?

ELE. ¿Qué si está usted bién?

CON.ª Dame el teléfono. (Poniéndose en comunicación).

ELE. Tenga usted. (Entrega el teléfono.)

CON.ª Estoy un poco indispuesta ¿No ha llegado aún el tren?

No es cosa de cuidado. ¿Trae retraso? (Aplícase teléfono á oido).

Dice que cinco minutos. (Escuchando).

Que ahora sale de Pozuelo.

¿No ha llegado ahí tu ayuda de cámara?

Dice que acaba de llegar su ayuda de cámara.

¿Está ahí D. Alfredo?

¿Dicen que van á salir al andén con D. Alfredo? Sí salir, no sea que llegue el tren, y de no ocurrir novedad, que venga tu ayuda de cámara á lacarrera. Bien, conforme, hasta luego, adios (Deja el teléfono).

ELE. ¿Han salido para el andén?

CON.ª Sí, está llegando ya el tren, dice que ha entrado en agujas.

ELE Entonces pronto tenemos el anuncio de la llegada Julio. ¡Parece que le siento ya subir por la escalera!

CON.ª De la estación aquí poco han de tardar.

ELE. Si no fuera por entretenerse en la estación, avisando la llegada por teléfono, Palafrén en esta ocasión se quedaría á la mitad del camino.

CON.ª Sí, para anunciar la bien llegada de poco le serviría su ligereza, ya me ha dicho tu tío que si quería desde la estación y por teléfono me avisaría la feliz llegada de Julio, le contesté que nó, porque tendrían que entrenerse pidiendo comunicación con la central y esto retrasaba la pronta llegada de tu primo, y para saberla un momento antes, de algo ha de servir á Palafrén ser corredor.

ELE. Muy bien dispuesto, viniendo bueno, no tienen necesidad de entretenerse en la estación.

CON.ª Mira hija mía, en un momento vete á ver si han arreglado por completo la habitación de Julio.

ELE. Personalmente voy á informarme, mandé que le pusieran á la cabecera de la cama una relojera (Sale por el fondo).

¡Cuánto tiempo sin verle! ¡Vírgen santa! He llegado á figurarme muchas veces que para mí ya no había esperanza de tenerle entre mis brazos, (Con sentimiento).

ANA. Señora: (Inclinándose desde la puerta del fondo). En el portal ha entrado sin poder detener el caballo el Ayuda de Cámara.

CON.ª Diga usted al lacayo que baje y lleve al caballo Palafrén á las caballerizas, y que el jinete suba sin detenerse.

ANA. (Se inclina y sale).

ELE. (Entra por el fondo.) Todo está bien arreglado. Nuestro emisario, querida tía, ha entrado ya en casa.

A. C. (Aparece en la pnerta del fondo inclinándose). Señora Condesa, el señorito Julio llegó bien, no tardará en venir, pues aunque salí momentos antes, el coche tambien trae gran velocidad, al llegar á la calle de Bailén casi me alcanzó el carruaje.

ELE. Es decir, ¿qué no tardaremos en verle?

A. C. Debe estar llegando.

CON.ª Muy bien, puede usted retirarse.

A. C. (Se inclina y sale.)

ANA. (Inclinándose.) En este instante se ha parado el coche, en la puerta principal.

ELE. Sí, se sienten pasos en la escalera.

CON.ª (Con precipitación). Salgamos á recibir al hijo de mi alma. (Salen Elena y Condesa por el fondo).

ESCENA II.

Entrando ANA, sola.

ANA. Pues señor, en esta casa hoy han tenido un sinnúmero de emociones, con órdenes fulminantes. ¡Que se enganche el coche de prisa!... ¡Que Palafren salga corriendo! (Paseándose) ¡Que el teléfono funcione! (Asomándose á la puerta del fondo, como observando). ¡Hijo querido! ¡Hijo de mis entrañas! Dice la Condesa y le abreza... ¡Hijo secuestrado del querido y maternal regazo de tu madre! ¿Llora? Le besa, le oprime entre sus brazos. ¡Qué poético resulta viendo tan cariñoso cuadro! El dice: ¡Madre de mi alma! El Conde tambiém le abraza y ambos lloran. ¡Jesús! si me dan ganas de llorar también! ¿Y cómo nó? Si yo también recuerdo cuando mi madre me abrazaba, y todo el que ha tenido madre, viendo escenas como la que yo estoy observando, ó no tiene corazón, ó las lágrimas le ahogarían como á mí me están ahogando. (Entra abanzando en escena enjugándose las lágrimas). ¡Hay madre de mi vida! De tí me acuerdo cuando me arrullabas en tus brazos, y una lágrima por tu grato recuerdo, ya es hora que brote de mis hojos, en fiel testimonio de tu maternal cariño para mi nunca olvidado. ¡Ana! Ana. Que en brazos del sentimiento tu imaginación se entrega, ¿melancolía? ésta hay que alejarla. El señorito Julio, parece que és, un buen mozo, y al pronto se nota su aire de marcial nobleza, y porte distinguido; pero me parece me estoy ocupando de cosas que no me importan, y con mi suspicacia falto á mis amos. Y puesto que mis señores bien me tratan. ¡Como hidalgos caba-

lleros de éllos soy, á éllos sirvo, bien me pagan, pues murmurar no debo, á limpiar tocan, y limpiando cumplo, callo, veo, y como buena doncella discreta he de ser. ¿Vienen aquí los Señores? (Asomándose á la puerta del fondo). ¡Caramba, aquí los tengo! Salgamos al momento. (Sale por el foro).

ESCENA III

CONDESA, JULIO, CONDE, ALFREDO y ELENA entrando.

(Entran por el fondo, primeramente Condesa y Julio del brazo, detrás Elena, y acontinuación el Conde y D. Alfredo, sentándose en el centro de la escena, procurando que las señoras queden en el medio, y al lado de la Condesa su hijo, en el mismo lugar á la izquierda, por el orden de entrada).

CON.ª Ya me siento mejor, hijo mio; qué felíz soy, quisiera que esta felicidad fuera eterna.

JUL. Mucho me congratularé que así sea, sentiría muchísimo que á mi venida el más ligero contratiempo os causara, pues sería para mí de gran sentimiento.

CON.ª No tal, hijo mío, tu venida es para mí el mayor de los consuelos.

CON. La emoción es natural.

ALF. Después de una ausencia tan prolongada, no es extraño sufrir una impresión tan grata.

CON. Cierto, es para nosotros tu llegada, al hogar filial, el más felíz día que en esta casa se celebra.

CON.ª Entiendo hijo no he de tener contratiempo por tu gratísima presencia; sin embargo, tan grande mi dicha es en estos momentos, que de alegría en mi pecho el corazón no me cabe.

JUL. De la misma dicha y satisfacción participo, después de una ausencia tan dilatada y forzosa, el

estar al lado ya de mis queridos padres, es para mí el mayor entusiasmo y dicha.

ALF. Julio, ¿tiene ahí el tarjetero?

JUL. Jamás de él me he separado, siempre le tengo en mi pecho. (Sacando el tarjetero y entregándosele á Don Alfredo).

ALF. (Mirando el tarjetero). Es igual, señores Condes, éste pertenece á usted, Condesa, y con el permiso de todos se le entrego. (Entregándosele).

JUL. Sí, que le tenga mi querida madre, que ha de guardarle con gran estima.

CON. Es verdad, así ha de suceder.

ELE. También estoy segura que le ha de conservar como oro en paño. (Sonriéndose).

CON.ª Sí, yo le guardaré, hijo mío, y podeis estar seguros le conservaré siempre, como el tesoro más apreciable de todos mis recuerdos.

JUL. La mejor y la más fiel guardadora, indudablemente, ha de ser mi entrañable madre.

ALF. Muy bien dicho, y mucho celebro haber tenido la suerte de saber dónde se encontraba el tarjetero, y ser tan estimado y querido de mis fieles amigos los señores Condes.

CON. (Inclinándose). Efectivamente, nos ha proporcionado un hallazgo tanto tiempo deseado, y al no haber sido esta casualidad, hubiésemos tardado en encontrar á mi hijo.

CON.ª Con tal motivo, debemos á D. Alfredo el mayor de los favores por su oportuna visita, que con doble motivo le agradecemos.

ALF. No hay de qué, amigos sinceros, todo se debe á una especial coincidencia.

CON.ª Hijo mío; ¿qué tienes ahí en la mano derecha? (Cogiéndole la mano).

JUL. Una cicatríz.

ALF. ¿Sería causada en la catástrofe de la inundación de Consuegra?

JUL. Esta cicatríz es anterior á esa época.

CON.ª Precísamente fué causada al ser secuestrado Julio.

(Conde tose como diciendo á la Condesa que sea discreta).

ALF. Parece que os habeis constipado, señor Conde.

CON. Sí, un poco, un poco.

ELE. ¿Pues quién le hirió á mi primo Julio?

CON.ª Nadie, hija, fué... el criado nuestro que trató de defenderse para que no se le llevasen los secuestradores.

ELE. Es decir ¿que fueron más de uno?

CON. (Cortando la conversación). Julio, ten la bondad de referirnos cuanto te ocurrió en Consuegra, durante tu lucha en la terrible inundación, así sea de un modo gráfico y concreto.

CON.ª Sí, refiérenos hijo mío, lo más importante de tu salvamento, de la terrible inundación que sufrió el pueblo de Consuegra.

JUL. Las nubes descargaron tal abundancia de agua que debió ser torrencial, á las altas horas de la noche, cuando la mayor parte de los moradores de Consuegra, nos encontrábamos por completo entregados en brazos de Morfeo. Ni sentí llover, ni sentí otra cosa que escalofrío húmedo general, desde las uñas de los piés á toda mi cabellera; no sentí llover, y creo que á la mayoría de los vecinos de Consuegra les debió ocurrir otro tanto. Voces, gritos, ayes dolorosos, una madre gritando por su hijo, otros hijos clamando por sus madres. ¡Socorro! Voces de auxilio, gritos desgarradores; en fin, el caos propio de un diluvio, de una horrorosa catástrofe. Yo, no sé si luché ó lo que hice; lo cierto es, que sin darme cuenta floté sobre las aguas encima de una gran biga de tejado de las que suelen colocar en los caballetes; detrás de mí saltó un hombre que me sujetó con sus brazos, al sentirme asido por un compañero tan inesperado grité: ¡Madre querida, que es ésto! Y seguídamente oí su voz que me decía no ten-

gas cuidado, me sugetaba perfectamente entre sus brazos, y en los bruscos movimientos de nuestro improvisado y tosco barco, el que me sostenía detrás, yo notaba era un salvador, que á no ser por él, más de cien veces hubiese naufragado.

CON.ª ¿Y quien fué, hijo mío?

JUL. Un criado del Alcalde; ganas tengo de verle para recompensarlo, pués él consiguió que nuestra embarcación arribase próxima á un arbol, donde nos subimos, desde allí con cuerdas que nos tiraron y á las que nos agarramos, salimos á la orilla, sanos y salvos.

CON. Celebro signifiques tu gratitud, propia de todo ser digno y elevado; ya que tu lo recuerdas y agradeces, puesto que así lo deseas trataremos de recompensarle.

CON.ª Ciertamente, hay que preguntar dónde se encuentra tu bien hechor.

ALF. ¡Bien lo meréce!

ELE. Es verdad, hay que premiarle.

CON.ª Julio, hijo mio, vamos por si quieres lavarte, y despues tomar algún alimento, Don Alfredo Señor Conde, vamos, ¿si gustan acompañarnos?

ALF. Gracias, mi amigo el Conde y yo, aquí nos quedamos.

CON. Si, tenemos que hablar, y entre tanto, enseñarle la casa á Julio, después que repare su estómago.

CON.ª Si, de eso tratemos, vamos, vamos, (Julio, Elena y Condesa, salen por el fondo inclinándose).

ALF. (Se inclina saludando).

ESCENA IV.

CONDE y ALFREDO.

CON. ¿Ha formado usted juicio respecto á mi franca revelación, en el secuestro de Julio?

ALF. Lo he pensado detenidamente.

CON. ¿Y qué opina usted que debemos de hacer en este caso?

ALF. De la cuestión que puede surgir por la quinta, és asunto militar, y de él me encargo, lo principal és evitar que le alisten y reclamen en dos pueblos y antes que esto suceda, trabajaremos porque únicamente en Madrid sea reclutado.

CON. En usted confío en la parte que tiene el asunto, militar, y en lo civil, yo veré lo que hay como abogado.

ALF. Respecto á lo militar ha de arreglarse muy bien, pero antes en lo civil corresponde estudiar la situación de Julio.

CON. Me parece que ya tengo aclarado el caso, y és, anulando la filiación que debe existir en Consuegra, y hacer prevalecer la legítima bien filiada que siendo la verídica y legal, ha de poder anular la falsa fácilmente.

ALF. Bien, una vez que esté aclarado el asunto legalmente; se puede pedir la nulidad de la filiación que resulte ilegal, y evitamos el alistamiento indebido en Consuegra, por ser el de este punto completamente falso.

CON. Mañana avisaré á mi apoderado para que gestione y haga prebalecer la verdadera filiación de Julio, y para que la matrícula en la Universidad se ponga á nombre de la verdadera personalida civil, pues principalmente queda estinguida y anulada por la muerte de la persona según precepto legal, y como quiera que Julio vive, y sin condena que afecten á sus derechos civiles, puede siempre obstentar y ejercer plénamente su personalidad civil.

ALF. Soy de la opinión de usted en dicho particular.

CON. Perfectamente no hablemos más de este asunto, el cual fácilmente arreglará mi principal apoderado.

ALF. ¿Parece que se retrasa Nicasio?

CON. Es verdad, si le parece á usted vamos á mi escri-

torio á recoger las cartas de los delegados de nuestro partido, y en la sesión de esta noche dar conocimiento de las mismas,

ALF. Cuando usted guste, Conde. (Salen por el foro.)

ESCENA V

NICASIO, AYUDA DE CAMARA, JUAN entrando, después CONDE y ALFREDO.

(Entran por el fondo Juan, Nicasio y Ayuda de Cámara los dos primeros se sientan al rededor del velador.)

NICA. ¿De modo que el señor Conde dice usted que está en casa? (Dirigiéndose al Ayuda de Cámara.)

A. C. Efectívamente, mi señora acaba de pasar á su despacho. (Les acerca asientos al rededor del velador diciéndoles:) Siéntense ustedes.

JUAN. Haga usted el obsequio de anunciarnos al señor Conde.

A. C. Precísamente el señor Conde dijo que cuando ustedes vinieran les mandara pasar aquí, avisándole inmediatamente, y con el permiso voy á cumplir la órden. (Se inclina y sale.)

NICA. Perfectamente; esta noche amigo Juan, vamos á tener una reunión magna, el telegrama de París es el acontecimiento del dia, y siento que la reunión no sea pública.

JUAN. A mi juicio es mejor dejar la convocatoria pública para cuando vengan los Delegados de París, que éllos oficialmente son los llamados á dar cuenta de las concesiones europeas en pró de la enseñanza.

NICA. Lo que acabas de decir, es correcto, pero teniendo presente que el entusiasmo público por el telegrama de Fabra, en pró de la instrucción gratuita ha producido gran regocijo entre todas las clases sociales y según noticias ha de concurrir á la sesión mucho público.

JUAN. ¿Qué noticias son esas para hacerle presentir cuanto ha manifestado?

NICA. Sabes perféctamente que los Regenerados dan carrera científica á los inteligentes hijos de dos operarias de la fábrica de tabacos, las madres de éstos, han sabido la concesión de los Gobiernos de Europa en beneficio de la enseñanza gratuita á los de mejor predisposición para el estudio de los hijos de las clases desheredadas, esta noticia ha entusiasmado á las operarias de la fábrica, y creo se disponen para venir á la sesión de esta noche.

JUAN. Amigo mio, eso ya es otra cosa, y por otro lado, la reunión no puede celebrarse pública, por haberse dado conocimiento con el carácter solo para los afiliados.

NIC. La mayor dificultad, para mí, no está ahí.

JUAN. ¿Cuál es el obstáculo mayor?

NIC. El inconveniente mayor consiste en el local, que si bien es suficiente para los afiliados y algunos más, es incapáz para tan numerosas colectividades.

CON. (Entra por el fondo con D. Alfredo). Señores, muy buenas noches; siéntense. (Se saludan inclinándose).

ALF. ¿Hay buenas noticias, Nicasio? (Se sientan al velador).

NIC. De primer órden, se conoce que no han leido la prensa de esta noche.

CON. Hemos comprendido que de algo bueno se trata por lo demás, no sabemos noticias de la prensa de esta noche, por haber estado trabajando en otros asuntos. ¿Tan buenas son, que han entusiasmado la opinión pública?

ALF. Sepamos cuál es la causa.

NIC. (Sacando un periódico). Ahora oirán ustedes lo que este periódico dice. (Lee). "Regeneración social; París á tantos de tal... Reunidos los Delegados de regeneración social europea en esta Capital, han acordado por unanimidad y con grandes aclamaciones, en dar las más expresivas gracias á todos los gobiernos de Europa, en nombre de

todas las clases representadas fielmente en tan magna reunión, celebrada en esta capital de París, por el digno y filantrópico acuerdo de los gobiernos de la mencionada Europa, en conceder educación completa y científica á los hijos más inteligentes de las clases más necesitadas, en relación á los recursos que cada país pueda arbitrar para tan laudable fin; siendo siempre preferidas las más excogidas y distinguidas inteligencias de cada provincia de los respectivos paises.

La reunión, ha sido necesario celebrarla al aire libre, por la numerosa concurrencia, habiendo asistido más de cien mil personas de todas las clases sociales; ha reinado el mayor orden dentro del entusiasmo más indescriptible.

La opinión general aquí, es sin controbersia, que se ha puesto la primera piedra en el futuro y grandioso edificio de sociabilidad humana intelectual. Gráficamente dicen que es la desamortización de las inteligencias. *Fabra*„.

CON. Bravo, mil veces bravo, esa noticia es divina; extráñame que nuestros Delegados en París á estas horas, devieran tener trasmitido á la junta central de los regenerados tan felíz como entusiasta acuerdo.

ALF. También á mí me llama la atención.

NIC. De un momento á otro debe recibirse noticia.

JUAN. Para mí, entiendo debieran haberla trasmitido.

A. C. Señor: (Inclinándose). De la Central de telégrafos este telegrama. (Dándole pluma firma recibo y sale Ayuda de Cámara inclinándose).

CON. Este telegrama es para nosotros; dice: Presidente Regenerados Conde San Marcial. (Habre el telegrama y lee Nicasio).

NIC. "Delegados en París de los Regenerados españoles á Presidente Regenerados en España. Celebrada reunión magna, asistencia de todos los Delegados Regenerados de Europa; han asistido

como espectadores más de cien mil personas de todas las clases sociales.

Concesión instrucción científica á las sobresalientes inteligencias, clases necesitadas, por todos los Gobiernos de Europa.

Al leerse la comunicación, produjose una aclamación tan entusiasta y repetida que duró más de una hora, en favor de todos los gobiernos europeos, por la magna y filantrópica concesión.

Por la prensa, tendrán detalles, nombren comisión para dar gracias á ese Gobierno; igual conducta observan, por acuerdo, los demás delegados con sus respectivos paises„.

NIC. El telegrama está fechado en París á tantos de... horas de la tarde.

CON. Señores; el telegrama leido por el señor Secretario, nos hace comprender que se ha conseguido una gran cosa para la regeneración de las clases necesitadas, de instrucción gratuita y científica. Ahora bien, no basta solo que los gobiernos levanten las cargas de todo el coste de la instrucción con solo las fuerzas contributivas del país, es necesario que las clases sociales opulentas, por propia iniciativa, tengan algo disponible para contribuir particularmente, á tan laudable fin.

Para lo cual, tengo el honor de participar á ustedes, que esta noche en mi morada y en los salones del invernadero, se reunirá la aristocracia de Madrid, con el objeto de recaudar fondos para la instrucción gratuita de las clases necesitadas.

Se celebrará también como fin de fiesta, un baile de etiqueta.

Puedo anticiparles, que tengo la mejor impresión de que han de concurrir la mayor parte de la aristocracia invitada.

Ahora veremos de arreglar lo necesario para la reunión de los afiliados.

NIC. Teniendo presente, que desean concurrir á la reunión política de esta noche, varias colectividades, se citan al centro Instructivo del obrero, y operarias de la Fábrica de tabacos, como decididas á venir. Debiéramos de recomendar vengan en comisión y no muy numerosa, por no reunir el local amplitud suficiente para tan numeroso público.

ALF. Me parece muy acertada, y aceptable la proposición de Nicasio.

CON. Estoy conforme con su opinión.

JUAN. Es cierto, que resultará mejor, vengan en elegidas representaciones, y sería muy conveniente ir á Gobernación á decir que pueden venir las comisiones que lo crean conveniente, si á ustedes les parece, yo me trasladaré á dicho departamento para manifestarlo.

ALF. Por mi parte lo creo imprescindible, en razón á que el entusiasmo de las operarias de la Fábrica de tabacos ha de ser importante; pues como en la actualidad, dos hijos de las mismas se les dá educación científica, el regocijo por el futuro porvenir, ha de ser causa del justo entusiasmo; la representación ha de ser más ordenada con una comisión, y después que vengan los Delegados de París, se podrá celebrar una reunión magna, en local más amplio.

CON. Muy bien pensado, y sí á ustedes les parece, vamos á mi despacho á quedar arreglado lo definitivo para la conferencia.

ALF. Sí, vamos. (Salen por el fondo).

ESCENA VI.

AYUDA DE CÁMARA entrando, y después MIGUEL y CONDE.

A. C. ¡No está aqui el Señor Conde! Sin duda ha salido en lo que yo he estado en la portería. Tengo que pasar recado que el Inspector Don Miguel, desea hablarle con urgencia. (Como dudando). Nada,

nada, le digo que pase, ¿qué puede ser, un sermón más? Por un sermón, adelante. (Sale).

MIG. (Entra por el fondo). Dice usted, que el Señor Conde, ¿no ha salido?

A. C. Acabo de subir de la portería pero tengo seguridad que está en casa. Siéntese usted y voy á pasar recado. (Sale Ayuda de Cámara por el foro).

MIG. ¡Vengo de poco asiento! La noticia de París ha llenado de entusiasmo á todas las clases sociales. Bien le decía yo á mi compañero el Inspector Antonio, ¡no hay que perseguirlos! no hay que marearlos tienen los Regenerados, procedimientos muy dignos, muy sensatos. Bien lo prueba este caso, hoy en Europa la noticia, á todos ha entusiasmado, no podía menos, la instrucción científica y en las inteligencias predilectas ¡Quién lo duda! Es como echar buena semilla en buen campo, ¿y esto á quién no interesa? ¡A todo el género humano!

CON. (Entra por el fondo). ¡Cuanto bueno por aquí! (Se inclinan saludando). ¿Qué desea Don Miguel?

MIG. Primeramente darle las gracias, por su deferente concepto. Y á decir á V. E. que abajo en la reunión el Señor Gobernador en persona viene á presidir, y en el salón está esperando, siendo muy probable que las comisiones no tarden.

CON. Es decir que no ha querido subir. ¿Estará disgustado por las grandes molestias que le proporcionamos?

MIG. Nó, Señor Conde, está sin exagerar, entusiasmado, por el acuerdo tan importante noticiado de París. Tanto és así, que por propia satisfacción ha prescindido de mandar Delegado. En el salón hay muchísima gente, y esperan á V. E.

CON. No quiero ser descortés haciendo esperar demasiado vamos. (Salen por el fondo, Conde ofrece la salida preferente á Miguel, éste, no consiente y sale el Conde delante).

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

El Teatro representa el paso de una calle, el telón corto figurará una de Madrid, imitando á sér posible, la de Serrano, como entrando á la terminación por una puerta berja de jardín que dá entrada á las Comisiones, al jardín del edificio, donde se figura celebrar la reunión de los Regenerados.

La escena tendrá próximamente de dos á tres metros de anchura; que permita fácilmente el paso de las comisiones, y al ser posible, continúe la misma decoración que al principio del acto tercero, al levantarse el telón que corta el escenario.

Entrarán las Comisiones una después de otra por la derecha lateral del fondo, y saldrán por la izquierda frente, figurando pasan á lo largo de una calle.

Miguel y Antonio, al levantarse el Telón, aparecen en escena, y tan luego entre la primera comisión, éstos se ocultarán en el muro de la derecha del escenario, para no ser vistos de las comisiones, y poder referir lo que representan cada una de las mismas.

La comisión cuarta representada por mujeres, llevarán en la mano derecha:

La Señorita, un atributo de la ciencia. (un globo geográfico).

La aldeana, primera, un atributo de la agricultura.

La aldeana segunda, el atributo del comercio.

Y las operarias, otros, simbolizando la industria.

ESCENA PRIMERA.

MIGUEL, ANTONIO, y después COMISIÓN PRIMERA (La Inteligencia), COMISIÓN SEGUNDA (El Capital), COMISIÓN TERCERA (El Trabajo), COMISIÓN CUARTA (Señorita, Aldeanas, y operarias), DOS GUARDIAS ORDEN PÚBLICO.

MIG. La reunión és un acontecimiento importante, amigo Antonio. (Entrando los dos en escena).

ANT. Es muy cierto. Se acerca un caballero, debe venir en comisión, ocultémonos. (Se ocultan muro derecha entrada).

C. 1.ª (Entra en escena un Caballero, bien portado con paso firme, y en aptitud de un gran observador, cruza la escena y entra en el jardín del edificio donde se celebra la reunión).

ANT. ¿Quién? ¿A quién representa?

MIG. Representa la inteligencia, el talento. ¿No hás observado que ha entrado directamente, como gran observador?

ANT. Es verdad, que ha entrado como un profundo pensador.

C. 2.ª (Entra en escena un caballero elegantemente vestido, con muchos anillos, ostentación de riqueza). (Entra hasta la mitad de la escena, se vuelve atrás, entra otra vez, se dirige á la pared del fondo, duda y se acerca hacia el apuntador, no sabe por donde girar, vuelve á salir, y vuelve á entrar dudando, no sabe por donde ir). (Antonio y Miguel hablan en secreto).

MIG. Caballero; ¿Á dónde se dirige, parece que duda?

CAB. Represento al capital; he perdido de vista al representante de la inteligencia, que venía delante, y á los representantes del trabajo, que venían detrás; en la duda y en la vacilación, no sé por donde ando; vengo en busca de los Regenerados.

ANT. (Asomándose á la puerta del jardín dice). ¡Guardia! Cuardia número treinta y tres! (Entra uno de órden público, saluda militarmente).

MIG. Acompañe usted á este caballero á la reunión de las Regenerados.

CAB. (Saluda inclinándose).

GUA. (Saluda y salen.Miguel también se inclina).

ANT. ¿Quién vendrá ahora?

C. 3.ª (Entran en escena dos artistas con blusa y calzando alpargata blanca, al llegar medio á la escena, entra otro obrero muy mal arreglado, y como desesperado les tira de la blusa para que retrocedan, retroceden por fuerza, pero seguidamente con energía abanzan forman corro, y únicamente los dos obreros señalan la entrada de la reunión llevándose la mano á la frente, y á continuación señalando con la misma mano una altura como

de un metro). (Todo mímicamente). dando á entender que tienen hijos, y que por la instrucción gratuita entran decididos, convenciendo también al desesperado, y todos resueltamente entran en la reunión).

MIG. ¿Has comprendido? Pues quiere decir que el desesperado ha sido convencido, y entra aceptando tan magnánima reforma.

ANT. Sí, ya me explico...

(La música da principio tocando el paso doble de Cádiz, ú otro que sea fácil, para que entren marcialmente las comisiones restantes; música del dominio público en todo el drama).

C. 4.ª (Entra en escena una señorita elegantemente vestida, con mantilla blanca, representando á España, con bandera y globo geográfico, delante de todas; detrás dos aldeanas en unión de dos en dos operarias de la Fábrica de tabacos, al compás de la música, y sin detenerse siguen cruzando la escena en dirección á la reunión, con oido y atención á la música, marcando el paso doble en marcha, sin exageraciones).

MIG. Han entrado las comisiones ya, y por consiguiente vamos á ver la sesión. (Entran dos guardias en escena diciendo):

G. 1.º Han dado principio á la sesión.

ANT. En ese caso vamos. (Salen, y lo mismo al entrar que al salir, saludan los guardias militarmente).

Al levantarse el telón que divide la escena y al terminar la entrada de las comisiones, aparecerá la misma decoración y mobiliario que al principio del tercer acto.

ESCENA II.

ELENA, ANA, JULIO entrando, después AYUDA DE CÁMARA y luego LUIS.

(Al levantarse el telón aparecen en escena Elena y Ana).

ELE. Cuanto me ocurre es inaudito; resulta el colmo del cinismo, las pretensiones de Arturo son ex-

tremadamente ridículas. ¡Mis tíos, tienen el decidido empeño de que con él me case! ¡Dios mio, qué hacer!

ANA. (Entra por el fondo). Señorita, tengo entendido que antes del baile vendrá el Notario, para arreglar su futuro matrimonio con D. Arturo.

ELE. ¡Jesús! ¿Qué determinación tomar?

ANA. Si la protegiera su primo Julio, creo había usted de conseguir muchísimo.

ELE. Si viniera por aquí le hablaría, rogándole me prestase su apoyo, por evitar tan enojoso enlace.

JUL. (Entra por el fondo). ¿Qué hace mi primita con su fiel doncella?

ELE. (Con angustia). ¡Sufriendo horriblemente!... (Llorando se limpia las lágrimas).

JUL. ¡Pero lloras! ¿Qué te ocurre, Elena?

ANA. ¡La señorita Elena sufre mucho!

ELE. A mi doncella se lo he dicho; con mi primo no he de ser menos franca, confiada en tu caballerosidad.

JUL. Sí, sí, debes ser conmigo todo lo ingénua posible, ya te escucho.

ELE. Antes deseo hacer presente que no quisiera ser con mis idolatrados tíos desatenta y mal educada, son mis segundos padres, les tributo siempre fiel y cariñosa, obediencia, pero hay cosas á que una no puede prestar ciega condescendencia. (Deja de llorar, y Ana se retira al fondo con su bastidor se sienta á bordar).

JUL. Habla sin preambulos, y así estimaré más tu relato.

ELE. Bien, así será. Quieren mis tíos casarme con don Arturo contra mi voluntad, es hombre para mí antipático en su persona y amistad. Dentro de unos momentos, tengo noticias ciertas que ha de venir el Notario, para que firme un contrato del próximo arreglo de boda.

Para mí, resultará dicho enlace, la más pe-

sada cadena que esclava pueda llevar. ¿Qué debo hacer querido primo.

JUL. ¡Cuando se aplica sin causa justa, al ser inocente férrea cadena!... No solo protesta el perjudicado, sinó que también protestan todos los que le rodean, viéndole sufrir la más vil é injusta de las condenas.

ELE. ¿Consideras mis quejas justas y conmigo protestas? ¡Ayudadme por Dios, querido Julio! Resolvedme dicho problema.

JUL. Incondicionalmente contad conmigo, y cuando el Notario venga yo no estaré muy lejos, lo demás quedará de mi cuenta. "Y como supe ya lo que son males, amparar sé también al infelíz„.

ANA. ¡Bien decía yo, que con su nobleza contase! (Dicho por lo bajo).

ELE. Gracias, gracias noble primo. Acepto tu estimable protección.

JUL. ¿Tienes relaciones amorosas?

ELE. ¿Por qué lo dices?

JUL. Pues de tenerlas sería un argumento poderoso para decir á mis padres que no quieres dar tu mano al que ellos desean, por tener ya con otro relaciones.

ELE. Contigo he dé ser franca y sincera, tengo relaciones amorosas con Luis, estudiante de Leyes y propietario de un establecimiento litográfico.

JUL. ¿Luis? Si es íntimo amigo mio, y compañero en cuarto año de Derecho.

ELE. ¡Es decir, que Luis es tu amigo! ¿Hace mucho tiempo que le tratas?

JUL. Hace más de cuatro años, és de los mejores y más aplicados de la cátedra.

ELE. En ideas és un poco exagerado, ¿verdad?

JUL. No lo créas, antes tuvo un amigo peligroso, pero por tristes sucesos, él y otros, dieron un paso hacia atrás, y desde entonces fué muy sensato en sus ideas; probablemente estará, en la reunión que en estos momentos se celebra.

ELE. Es para mí una satisfacción saber que tiene buenas ideas.

A. C. Señoritos. (Inclinándose desde la puerta del fondo). Ana; haga usted el favor de salir, que la llaman. (Salen Ayuda de Cámara y Ana).

JUL. Estoy por avisar á Luis puesto que está en la reunión.

ELE. El caso és, que mis tios no tardarán ...

ANA. Señorita. (Inclinándose). Don Luis desea hablar á usted.

ELE. Has hecho bien en ser ingénua, y si mi primo Julio lo cree oportuno que entre.

JUL. Sin inconveniente ninguno.

ELE. Dígale usted que pase. (Sale Ana á cumplir la órden).

JUL. Tengo autorización de mis queridos padres, para convidar á mis amigos al baile de esta noche, y puesto que la hora se aproxima, le invitaré á Luis con tu consentimiento.

ELE. Puedes invitarle, y por ello te doy las más expresivas gracias.

LUIS. (Aparece á la puerta del fondo inclinándose). ¡Julio! (Levanta los brazos para abrazarle).

JUL. ¡Luis! amigo del alma, entra y no te detengas. (Se aproxima abrazándose).

ANA. (Entra por el fondo y se coloca en su sitio á bordar en el bastidor). ¿Por lo visto se quieren como dos íntimos camaradas? (Dirigiéndose á Elena).

ELE. Sí, son dos entusiastas amigos según Julio ya nos ha dicho.

LUIS. Recibe mi más cariñosa enhorabuena, de todo estoy enterado por Don Alfredo, él me ha referido tu felíz llegada al hogar paterno. (Ana y Elena hablan en secreto).

JUL. Por tu felicitación cordial, te doy las gracias.

LUIS. No hay de qué, distingido amigo. (Dirigiéndose á Elena). Dispénseme Elena. Saludo á usted con todo respeto y cariño, no he sido todo lo atento que debiera...

ELE. Está usted dispensado, ese entusiasmo afectuoso hacia mi querido primo, tiene grato sentimiento en mi alma.

LUIS. (Se inclina con respeto).

JUL. Estoy enterado por Elena de vuestras relaciones amorosas, y teniendo presente que dentro de muy breves momentos se celebrará el baile de convite para la suscripción de los Regenerados, te invito amigo Luis, para que asistas, creo no faltarás?

LUIS. Acepto tu invitación muy gustoso. (Luis y Elena se miran con sonrisa afectuosa).

JUL. Ya suponía que el convite había de ser aceptado. (Con ironía afectuosa). (Se sonrien los tres con gran afecto, saca Julio una tarjeta con sobre y se la entrega á Luis, que lo recibe inclinándose).

ANA. (Asomándose á la puerta dice á Elena). Los señores Condes, entran en el comedor.

ELE. Luis, salga usted al momento que van á venir mis tíos. (Mirándole suplica, salga).

JUL. Sí, la hora del baile ya se acerca, por lo demás estando yo aquí, Luis como amigo mio, en esta casa no estorba.

LUIS. Gracias distinguido Julio; pero como el baile es de etiqueta, necesito ir arreglarme.

JUL. Conforme; no te detengo.

ELE. Yo también tengo que hacer.

LUIS. Con el permiso de ustedes me retiro, y doy las gracias por todo. Hasta ahora simpática Elena. A los piés de usted.

ELE. Hasta luego. Beso á usted la mano.

LUIS. Adios, querido Julio. (Dándole la mano. Luis al salir se inclina).

JUL. Adios, amigo sincero. (Sale acompañándole). Yo también voy á arreglarme.

ELE. ¿Tiene usted dispuesto mi traje de baile?

ANA. Todo está dispuesto. ¿Si usted señorita, desea arreglarse?

ELE. Vamos, antes que sea más tarde. (Salen por la izquierda puerta lateral).

ESCENA III

AYUDA DE CÁMARA, NOTARIO, ESCRIBIENTE, eutrando, después CONDE, seguida CONDESA, luego ANA, á poco ELENA, y al final JULIO.

A. C. (Entrando por el fondo, se dirige á ofrecerles unos asientos). Entren ustedes y siéntense; los señores Condes no tardarán en venir. Se están arreglando para el baile, ya he anunciado á ustedes. (Sale por el fondo, se dirige por la izquierda).

NOT. Gracias; oiga usted, diga á los testigos que tengan un poco de paciencia, si les entretenemos algo más de lo regular. Les avisaremos cuando deban entrar.

A. C. Al momento será cumplimentada su orden. (Sale difinitivamente).

NOT. Bien, bien, esta dependencia aristocrática son verdaderos especialistas para trasmitir los recados.

No es dudoso, aquí hay que desenvolver toda la perspicacia profesional y privada. Don Arturo, sabe echar todo el lastre metálico.

¡Don Rosendo! cinco mil duros tengo en cartera para gratificar á sus empleados subalternos, de celebrarse el contrato. Conque Sinesio, si hay que modificar el convenio privado en promesa con ocasión de matrimonio, debe escribir de prisa, muy de prisa, aprovechando bien el tiempo. ¿Comprendes, Sinesio?

ESC. Comprendido bien, D. Rosendo.

NOT. Aquí, si la novia tiene otro pretendiente que más quiera, ¡mal negocio! no rendirá la fortaleza á las primeras descargas; soy muy práctico en estos asuntos y hasta teórico. Sería una lástima no celebrar este arreglo de futuro matrimonio.

Seis millones en fincas, por donación del padre del novio, nada, un grano de anís, y á la niña la parecerá poco, Sinesio.

ESC. ¿Hablo claro, D. Rosendo?

NOT. Con toda claridad, Sinesio.

ESC. Por lo que yo juzgo, me figuro que la parece poca cosa el novio, para firmar el convenio.

NOT. ¿En qué te fundas, Sinesio?

ESC. Usted cree, que para firmar un contrato de futuro matrimonio, se necesita ofrecer tantos miles de duros al personal subalterno de la notaría? ¡Quiá, no, D. Rosendo! La chica no le quiere, con seguridad que quiere á otro.

NOT. Estoy también de acuerdo, con tu verosímil pronóstico; en fin, ya veremos, hay que trabajar el asunto, y luego sus tíos también han de influir notablemente. (Los Condes, Julio y Elena entrarán vistiendo elegantes trajes de baile; frac en los caballeros).

CON. (Entra por el fondo inclinándose por todo saludo).

NOT. (De piés con Sinesio se inclinan saludando). Excelentísimo señor Conde.

CON. Señor Notario. ¿Trae usted arreglado el asunto?

NOT. Primero en documento privado; la cuestión es que firme, después como se aportan fincas, hay que elevarlo á escritura pública, según determina la Ley. Vea usted la obligación firmada por los padres de D. Arturo. (Dándole la obligación).

CON. (Hace que la lee). Comprendido; las fincas que dán por concepto de donación ascienden á seis millones de reales y uno en metálico, total siete millones.

CON.ª (Entra por el fondo inclinándose por todo saludo. Notario y Escribiente se levantan y saludan inclinándose). Siéntense ustedes. Mi sobrina también aporta cinco millones en fincas de su hijuela paterna y materna, y dos en metálico, donación nuestra.

NOT. Sí, perfectamente; aquí tengo la obligación, que ha de firmar la señorita Elena; después de todo

se elevará á escritura pública. (Entrega la obligación al Conde).

CON. (Lee la obligación para sí. Seguidamente entrega el documento á la Condesa, diciéndola): Esta es la que tiene que firmar Elena, con nuestra plena autorización y consentimiento.

CON.ª Bien, llamaremos á Elena. (Condesa llama al timbre)

ANA. (Inclinándose). Señores: ¿Llamaban?

CON. Diga usted á la señorita Elena que venga seguidamente.

(Ana se inclina y sale).

CON.ª Si firma ha de ser con mucho sacrificio.

CON. No ha de consentir que yo quede mal; en su obediencia confío.

NOT. Los señores Condes hacen una obra de gran caridad; D. Arturo está apasionado por su sobrina, y los jóvenes, después que pasa tiempo, agradecen el bien que antes no supieron apreciar por su poca reflexión.

ELE. (Aparece en la puerta del fondo con gran traje de baile, entra y saluda inclinándose, todos de pié la corresponden y seguidamente se sienta á indicación de la Condesa). ¿Me llamaban ustedes, queridos tíos? (Con recelo).

CON.ª Sí, hija, ya sabes que tu tío ha dado palabra de conceder tu mano á D. Arturo, este señor es el Notario que nos trae firmado el contrato privado con ocasión de matrimonio, aportareis por partes iguales entre los dos futuros cónyuges catorce millones entre fincas y metálico.

NOT. (Entrega primero la obligación firmada por Arturo, y luego la que ha de firmar Elena, ésta la lee en parte por cumplir).

ELE. (Después de leerla mira al cielo como pidiendo clemencia, enjugándose las lágrimas disimuladamente). No me explico queridos tíos, que D. Arturo pretenda celebrar contrato de futuro matrimonio cuando nunca le ofrecí mi mano

CON. Prometí yo en tu nombre, y no me quedarás desairado.

ELE. Siempre respeto os guardé.

CON.ª Elena, hija mía, firma, por tu dicha se hace.

NOT. Señorita, vuestros tíos bien os quieren, y lo que hoy os cuesta trabajo, mañana puede ser dicha completa.

ELE. El corazón me dice que no debo firmar, y lo mismo mi cerebro me aconseja, ahora si el respecto y cariño que tengo á mis queridos tíos obligan á que yo firme... ¡Dios mío! ¡Dios mío! Yo estoy incierta...

CON. Elena firma; y no me impacientes.

NOT. Este contrato señorita exige cuando hay inmuebles que ha escritura luego se eleve; por ahora podeis firmar, y si mañana no quiere dar la mano á D. Arturo, esto no obliga en ley.

ELE. Para mi obliga, si firmase.

NOT. No hay tal; séñorita Elena

CON. ¿Támpoco valen tus tios, que quiéres echar por el suelo nuestra promesa?

CON.ª Elena, hazlo por mí, tu tía te lo ruega.

ELE. (Mira á la puerta del fondo con solicitud, se levanta mira al cielo, y enjuga las lágrimas), ¡Tía de mi alma! ¡Que me vais hacer desgraciada, y desgraciado también á Don Arturo!

CON.ª Un hombre que por tí está apasionado casi por la locura asciende, ¿y tú así le desprecias?

ELE. Yo no desprecio á D. Arturo, ingénua soy, y nada más... ¡Por qué he de firmar lo que no quiero! (Mira á la puerta del fondo con desesperación).

CON.ª Hazlo por mí, repito hija mía, no me desobedezcas.

CON. Elena te lo ruegan tus tíos si en algo les estimas... Elena... ¡Hay en tí algún átomo de obediencia! ¿Qué dices?

NOT. (Cogiéndo la obligación y la pluma con insistencia). Vamos señorita Elena, esto nada os compromete.

CON. Elena, por última vez ¿firmas?

ELE. (Mirando á la puerta con angustia). ¡Dios! ¡Dios mío! No tengo más fuerza..... (Se sienta, coge la pluma

duda un poco y firma diciendo): Esto es por fuerza. ¡Sea! ¡No hay quien me ampare! (Se enjuga las lágrimas sollozando)...

NOT. Sinesio, avisa á los testigos (Dicho con misterio).

SINE. (Sale por el fondo y se encuentra en la puerta con Julio, quien le detiene cogiéndole por un brazo, señalándole que se siente y no salga), ¡Señorito qué me hace usted daño en el brazo! (Dicho muy bajo en silencio).

JUL. No se mueva de ahí. (Con energía).

ESCENA IV.

JULIO entrando, NOTARIO, CONDE, CONDESA, ELENA y ESCRIBIENTE.

JUL. (Abotonándose el chaleco blanco y con frac. Dicho con energía y solemnidad). ¿Sirvo yo como testigo, señor Notario?...

NOT. ¡No comprendo!

JUL. ¡Ya comprenderá cuando yo le haga la cuenta jurídica! Entretanto, le ruego tenga paciencia.

ELE. (Mirando á Julio pidiéndole protección en silencio).

CON. ¿Qué dices Julio?

JUL, ¿Ya no soy vuestro hijo? ¡Soy Julio solo!...

CON.ª Hijo nuestro siempre eres, y serás; tus padres jamás te olvidan.

CON. Muy conforme estoy con lo dicho por tu madre. ¿Qué dices, hijo mio? Explícate.

NOT. (Va á recoger la obligación firmada).

JUL. Espere usted un poco señor Notario, á que lo lea, si me permiten mis padres.

CON.ª Léela hijo, nadie te lo estorbará.

CON. (También asiente).

JUL. Gracias, gracias mil, queridos padres. (Coje la obligación y lee para sí; espectación en la escena). Vamos, esto es un gazapo jurídico con ocasión de futuro matrimonio, buena ocasión se nos presenta señor Notario.....

NOT. (Con humildad). Don Julio, yo vengo en cumplimiento de un deber.

JUL. Bueno, bien, que le salga á usted la cuenta. Antes de pasar más adelante ruego á mis queridos padres, me concedan su venia, para intervenir en este asunto, reconociéndoles siempre la más fiel obediencia que filialmente acato con todo respeto.

CON. Con gusto hijo, te oiremos.

CON.ª Los hijos respetuosos, tienen siempre la palabra en la casa de sus padres

JUL. Pues con vuestra benevolencia, una pregunta á mi querida prima Elena. ¿La firma que has puesto en este contrato, ha sido suscrita por tu propia voluntad? Contesta con franqueza.

ELE. (Mira á sus tios).

CON.ª Contesta con ingenuidad, Elena.

JUL. ¿Qué no contestas?

ELE. ¡Mi firma en ese contrato desearía que desapareciera; ni siento amor hacia Don Arturo, ni como amigo le quisiera, por no disgustar á mis tios firmé, de otro modo... ¡Jamás hubiera firmado! (Enérgicamente).

CON. Es palabra que yo dí.

JUL. Eso en ley querido padre, ofrecer lo ajeno no permite violentar la voluntad de Elena, puede rogarse hacer cargos, más nunca pactar una cosa tan seria como un matrimonio, en el cual, una de las partes no acepta pacto ninguno, y en tales casos, nuestros preceptos legales determinan claramente la intimidación ó violencia. Salvo mejor opinión de Letrado, que al fin, fáltame mucho para terminar los estudios de mi carrera. Tanto es así, que estoy en cuarto año de Derecho, señor Notario, si estuviese en quinto, yo resolvería el asunto, quizá con más competencia.

CON. Por ruegos ha firmado Elena, de otro modo por mi parte autorizo á que esa obligación quede desecha, si la Condesa y Elena están conformes...

CON.ª Por mi parte lo que diga Julio.

ELE. Por la mía, lo que él resuelva.

JUL. Pues voy á dar mi sentencia. Declaro la nulidad del contrato por no estar conforme Elena. (Coge el escrito). ¿Le rompo?

CON. Inmediatamente.

JUL. (Rompe el convenio y roto se le entrega á Elena).

CON.ª Muy bien hecho, se me ha quitado un gran peso de mi conciencia.

NOT. Señores Condes, señorita Elena, Don Julio, repito á ustedes mis respetos, y saben pueden mandarme. (Se inclinan Notario y Escribiente y salen por el fondo).

CON. Gracias. (Se inclinan correspondiéndole).

ELE. Tal es el agradecimiento que siento en mi corazón hacia mis queridos tios y primo, que por todo os doy un millón de gracias. (Se dirije á su tía la abraza dándose unos besos).

JUL. Por mi parte no hay de qué, Elena; á mis queridos padres, significo también gran cariño por su entrañable benevolencia, y por todo, les doy gracias.

CON. No merece la pena, no hablemos más de este asunto. Julio, dá el brazo á tu prima, yo se le daré á la Condesa. Vamos á reunirnos con los convidados para entrar en el baile, que ya nos esperan. (Salen por el fondo Julio y Elena del brazo, y el Conde con la Condesa).

ESCENA V

ANA y AYUDA DE CÁMARA entrando, y después cruzan las parejas la escena en dirección al baile.

ANA. (Entrando por el fondo). Hay que quitar todos estos obstáculos, dejando libre el paso para la entrada al baile.

A. C. Sí, acerquemos estos que estorban hacia la pared. (Cogen el velador y las sillas, y cuantos obstáculos hay, y los acercan á la pared del fondo).

ANA. ¿Qué te han parecido las reuniones celebradas abajo?

A. C. Superior, la sesión política ha resultado excelente. ¡Vaya un entusiasmo! También la reunión para la suscripción y el baile que han celebrado abajo, han resultado magníficos; la suscripción se ha elevado á diez mil duros mensuales; ya pueden dar carrera á más de cien hijos de las clases desheredadas).

(Toca la música un wals entre bastidores, al lado opuesto, por donde entran en escena las parejas del baile.

ANA. Abramos las puertas para ir á ver el baile. (Abren las puertas laterales para el paso de las parejas).

A. C. Sí salgamos antes que vengan y cerraremos después. (Salen por el fondo).

(Entran por la puerta lateral derecha según se entra por el fondo, priméramente los Condes formando pareja, del brazo Nicasio con Berta, Luis con Elena, Julio con señorita (comisión de España), D. Alfredo, D. Eduardo y cuantas parejas sea conveniente y posible formar).
(Salen por la puerta lateral izquierda en dirección al baile)
(Ana y Ayuda de Cámara cierran las puertas por dentro, la música sigue tocando).

ANA. (Entran por el fondo Ana y el Ayuda de Cámara, cada uno cierra una puerta lateral). De modo que han resultado muy bien tan nobles fiestas. ¿Y quiénes han hecho los honores de la casa en la suscripción y baile celebrado abajo?

A. C. Los sobrinos de los Condes, ó sean los señores Marqueses de la Salana, encargados de presidir la fiesta; ahora, el baile que se celebra aquí en el piso alto, es como final del festejo; las parejas que han pasado han subido á decir á los Condes si habían terminado sus asuntos, en cuyo caso los concurrentes les rogaban que acudiesen al fin del baile.

ANA. Con el dichoso notario, no he visto el baile de abajo. Salgamos á ver el final.

A. C. Por mi parte, en marcha.

(Sigue tocando la música otro baile. Salen Ana y Ayuda de Cámara por el fondo, por la derecha.

ESCENA VI

CONDE, NICASIO y ALFREDO entrando.

(Entran en escena por el fondo los tres, Conde, Alfredo y Nicasio).

CON. Según el telegrama que se ha recibido, los Delegados de París vendrán pasado mañana.

NIC. Sí, en dicho dia llegarán.
(La música deja de tocar baile y toca una sinfonía armoniosa y por lo bajo).

ALF. Entonces la reunión pública ha de celebrarse pronto y en local mucho más ámplio. El teatro del Príncipe Alfonso es un local muy capaz...

CON. Allí hemos de celebrar la reunión. Tengo el honor de participarles que el señor Gobernador, ha salido de la reunión celebrada, muy entusiasmado, cuando en su discurso dijo nuestro amigo Nicasio: Nosotros trabajamos y aspiramos á que todas las clases sociales, podamos vivir como hermanos, ya lo dijo el gran mártir del Gólgota: "Mortales: Todos sois hermanos„. Y cuando manifestó también Nicasio: Queremos cumplir y que se cumpla lo que digeron los siete sábios de Grecia, hablando de los mejores Gobiernos, éstos serán los que consigan que la injuria hecha á un particular, se den por agraviados todos en general. Los que, con buen sentido gubernamental, atiendan á la aristocracia, amparando siempre á la clase media, y robusteciendo con todos sus cuidados y protecciones á la clase desheredada; consiguiendo de todas las clases sociales la más completa y recíproca armonía.

ALF. Eso también me dijo el señor Gobernador, que le había servido de gran regocijo lo expuesto por nuestro distinguido compañero, y en su virtud, amigo Nicasio, reciba usted mi más cordial enhorabuena.

NIC. No merezco enhorabuena, y lo que más me satisface es la gran cantidad recaudada en la sesión de esta noche á favor de la instrucción de las clases necesitadas.

CON. Propongo un saludo cariñoso á favor de Nicasio. (Todos dan la mano á Nicasio).

NIC. Gracias infinitas, queridos amigos. La sinfonía que ahora toca la música es muy armónica. ¿Vamos al salón?

CON. Si ustedes gustan, pasaremos.

ALF. Conforme, salgamos. (Salen por el fondo, y sigue la música tocando. Un momento sin nadie en escena).

ESCENA VII.

ARTURO entrando, luego ELENA, después JULIO, seguida LUIS, y al final CONDESA, CONDE, ALFREDO y vários convidados del baile, ANA á la terminación.

ART. (Deja de tocar la música, entra en escena por el fondo con frac, como desesperado, después pensativo, paso corto, mirando á todos los lados con intranquilidad manifiesta). ¡No me es posible sufrir más! ¡Despreciado una y mil veces! ¡Roto el contrato!... Catorce millones. ¡Todos mis planes tirados por el suelo! ¿Qué hacer?... ¡Tomar venganza! ¡Pero venganza de funesto fin! ¡La tengo aquí dentro! (Señalando con la mano al corazón). ¡Y constantemente me atormenta su recuerdo!... (Con las manos á la cabeza desesperadamente). ¿Olvidarla?... ¡No puedo! ¿Ausentarme? ¿Viajar? ¡Vano remedio!... Cuanto más distante de élla... está visto, ¡más la quiero! ¡No hay remedio para mí! ¿Y qué resuelvo? Si viniera por aquí... ¡matarla! ¿Y después? ¡Ah!... (Agarrándose la cabeza con las manos, meditando). ¡Caso resuelto! ¿Qué veo? (Fijándose en el escudo con armas dice): Evita el ruido y en silencio... (Como decidido á lo que ha de hacer, se arregla la cabellera con las manos, y precipitadamente se abalanza al escudo, coge

un puñal, arranca y tira la etiqueta, le examina cuidadosamente, mirando la hoja, provando si tiene buena punta picándose en la mano, seguidamente con funda y todo se le guarda donde más fácilmente y mejor pueda sacarle).

!!No dudo más!! (Sale decidido hacia el fondo, antes de llegar á la puerta siente ruido se detiene asómase con cautela, y se oculta en la escena á la derecha del fondo á un lado oculto con el armario de luna).

ELE. (Entra por el fondo, se dirige á la consola, á coger unas flores violetas y margaritas colocándoselas en el pecho, abanza cerca de donde está el apuntador). No sé que presiento, estoy alterada. ¿qué ha de suceder? ¡Siempre perseguida por ese hombre!

ART. (Abanza con sigilo hacia Elena, la coge de la mano derecha, y con su izquierda la tira hacia él, sin soltarla). ¡Dirás mejor por este hombre! (Con dureza).

ELE. ¡¡Jesús!!... ¡Jesús! ¿Quién me favorece?...

ART. ¡Calla!..... ¡¡Calla!! ¡Que sinó eres muerta! ¡No grites! ¡Por tu vida; que la tengo entre mis manos!

ELE. ¡Dios mio! ¿Qué pretende con su fiereza? (Como acongojada).

ART. Por última vez. ¿No aceptas en firmar el contrato de futuro matrimonio?...

ELE. No puedo... ¿Qué, ha de ser á la fuerza? (Forcejea).

ART. ¡O mía! ¡O muerta! (Saca el puñal sacude el brazo y cae la funda del arma).

ELE. ¡Por Dios! ¡No me mates! ¡Socorro! soco... (Se tapa los ojos horrorizada y sin poder articular palabra, agitada).

ART. ¡No vocees! Aquí no hay quien te defienda... ¡¡Llegarían tarde!! (Levanta el brazo para descargar el golpe).

JUL. (Entra abanzando todo lo posible con sigilo y gran oportunidad agarra la muñeca del brazo amenazador diciendo): ¡Hay quien la defiende canalla! ¡Cobarde! Se llega á tiempo. (Según le tiene agarrado del brazo le tira para desunirle de Elena arrojándole de un

fuerte impulso á dos ó tres metros de distancia diciendo): Fuera ¡miserable!

ELE. ¡Por Dios Julio! No te manches en sangre de cobarde ¡Despréciale y que salga de esta casa. (Con virilidad).

JUL. (Con energía). ¡A los canallas! no se les despide. ¡Se les arroja!

ART. (Con traidora intención agresivamente hacia Julio para herirle). ¡Canalla! yo. ¡Vive Dios!

JUL. ¡Mil veces canalla! (Retrocede á la defensiva comprendiendo la traidora agresión, saca una pistola del bolsillo del pantalón, levanta el disparador y dice). ¿Don Arturo, no ha contado con un botón de plomo? (Apuntándole al pecho á relativa distancia de precabida defensa).

ART. (Se queda inmovil y dice). ¡Vive Dios! (Desesperadamente deja escapar un rujido).

JUL. Bueno es que ruja la fiera, eso prueba que está herida, ó que se ha escapado la presa. (Con reticencia).

LUIS. (Aparece en la puerta del fondo, y en el hueco de la misma se coloca). ¿Qué es esto? He sentido voces. ¿Qué es lo que pasa?

JUL. ¡Este traidor! ha querido matar á Elena...

LUIS. ¡Que tire ese arma! ó de lo contrario que muera. (Alarga el brazo y coge una espada del escudo):

ELE. ¡Dejadle por Dios! Que salga.

JUL. No, antes hay que cazar la fiera.

LUIS. Y uno de nosotros. ¡Sólo! Yo me encargo de cazarle. (Le arroja un guante al rostro).

ART. Difícil veo la tarea. Vivo, ¡nunca! (Retrocediendo). ¡¡Antes muerto!! (Se clava el puñal al lado del corazón, y exhala un grito de dolor, cayendo desplomado).

ELE. ¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Dios mío, yo me pongo mala!...

JUL. (Acercándose á Elena). ¡Se ha matado! ¡No te asustes! ¡No temas Elena, estamos á tu lado!

LUIS. ¡El lo ha querido! ¡No te impresiones demasiado, Elena!

ELE. ¡Tanta emoción me mata! ¡Dios mio, sino puedo

tenerme! (Se acerca Julio). ¡Jesús!... las fuerzas me fal...tan, yo me mue...ro...

JUL. (La coge; con el brazo izquierdo la rodea la cintura, con el derecho la sostiene agarrando el brazo de Elena hacia sí. Elena se deja caer, inclinando la cabeza sobre el hombro izquierdo de Julio. Luis también la sostiene del brazo izquierdo; los tres frente al público).

CON.ª (Entrando por el fondo, detrás Conde, Alfredo, Nicasio, Eduardo y Berta, y alguna que otra pareja del baile). ¿Qué ocurre?... ¡¡Qué es esto!! ¡Un hombre en el suelo!... ¡Elena muerta!

CON. ¡Un hombre muerto y mi sobrina muerta!...

JUL. Elena nó; está desmayada.

(Todos como horrorizados rodean el cadáver).

ALF. ¿Le han matado?...

JUL. ¡Nó; se ha suicidado; él fué quien quiso matar!

CON. ¡Loco apasionado!

ANA. (Entrando por el fondo). ¡Vírgen del Cármen! ¿Qué hay aquí? ¿Mi señorita desmayada?

(Ana, Condesa, Julio y Luis colocan bien á Elena en un asiento; inmediatamente su doncella saca de la consola un frasco con éter, que aplica á la naríz de su señorita. Luis y Ana, á izquierda y derecha de Elena al cuidado de la misma).

CON.ª ¡Julio, hijo! ¿Estás bien? ¿Te han herido?

JUL. Estoy completamento ileso. ¡No se afecte, madre mía!

CON.ª ¡Gracias, Dios mío! Que me concede verle sano y salvo, ante ese fatal cuadro. (En dirección al sitio donde está el cadáver). ¡¡Han sido buenos y paternales guías en tu educación, los Regenerados!!

JUL. Cierto; ¡madre cariñosa de mi vida! Con la noble protección también de mis queridos padres, los Condes de San Marcial. (Madre é hijo se abrazan).

FIN DEL DRAMA.

FÉ DE ERRATAS

Pág.	Línea	Dice	Léase
10	25	y á las personas	ni á las personas
16	2	interrogados	interrogado
22	31	y al	y que el
55	8	á espirar	aspirar
53	31	ambrosio	Ambrosio
62	30	esta sea	este sea
63	18	Grasias	Gracias
78	12	mi señora	mi señor
89	11	has hecho	muy bien hecho